6710

ADMINISTRACION GENERAL

DE OBRAS DRAMATICAS Y LIRICAS

MARCO SPADA

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO

POR

D. EDUARDO ZAMORA Y CABALLERO.

Representado por primera vez en Madrid, en el teatro de Variedades, la noche del 5 de Abril de 1862.

LA PUBLICIDAD.

HIJOS DE LABOMDELLA
C. GRANADA, 38.
MÁLAGA.

MADRID.

IMPRENTA DE T. FORTANET, LIBERTAD, 29.

1863.

CATÁLOGO

de la Administracion general de obras dramáticas y líricas

de don Francisco Rubio,

calle de San Pedro Mártir, núm. 12, cuarto 2.º

OBRAS DRAMÁTICAS EN UN ACTO.

TÍTULOS DE LAS OBRAS.	NOMBRES DE LOS AUTORES.	PRS.
Al que se hace de miel	D. Manuel García Gonzalez	4
El huérfano ó el niño mendigo	Laureano Sanchez de Garay	4
¡El Rey ha muerto! ¡Viva el Rey!	Eduardo Zamora y Caballero.	4
Fuego entre ceniza	Javier de Ramirez	8
Fortunato Azares	Pedro Yago	4
Las pesquisas de mi suegro	Manuel García Gonzalez	4
Los dos preceptores	M. Breton de los Herreros	4
La mujer debe seguir al marido	José D'Araujo	4
Misterios de la calle del Gato	Manuel García Gonzalez	4
¡Presente, mi general!	Luis Rivera	4
Por un bofeton un duelo	José Mazo	4
Triana la Macarena	Eugenio Sanchez de Fuentes	4
Vida prosáica	Antonio María Segovia	4
Un pollo que sufre mucho	Manuel García Gonzalez	4

EN DOS ACTOS.

El caballero pobre	D. Eugenio de Olavarria	6

EN TRES Ó MÁS ACTOS.

Achaques de la vejez	D. Eulogio Florentino Sanz	8
Don Tello de Guzman	Manuel García Gonzalez	8
El padre de familia	Luis Rivera	8
El honor y el trabajo	Idem	8
¡Españoles, á Marruecos!	Diego Segura	8
Las aves de paso	Luis Rivera	8
La princesita	Laureano Sanchez de Garay	8
La fragata Belona	José D'Araujo	8
La piedra de toque	Eduardo Zamora y Caballero.	8
La teoría de la voluntad	Pedro Yago	8
Loco de amor	M. de Cuendias	8
Pecados del siglo XIX	José D'Araujo	8
Un dia en el gran mundo	Eduardo Zamora y Caballero.	8
Marco Spada	Idem	8

ZARZUELAS EN UN ACTO.

Atala y Chactas	Libreto.	D. Pedro Escamilla	4
	Música (1).	Modesto Julian	140
Cada loco con su tema	Libreto.	Graciliano de Puga	4
	Música.	Manuel Cresej	120
Casado y soltero	Libreto.	Luis de Olona	4
El amor y el almuerzo	Idem.	Idem	4
El Grumete	Música.	Emilio Arrieta	160
El hombre feliz (Monólogo)	Idem.	Idem	50
El Sonámbulo	Idem.	Idem	160
Gracias á Dios que está puesta la mesa.	Libreto.	Luis de Olona	4
Guerra á muerte	Música.	Emilio Arrieta	160
La cotorra	Libreto.	Luis de Olona	4
La pupila	Música.	Joaquin Miró	160
La cruz de los Humeros	Idem.	Manuel Cresej	200
La zarzuela (Mitad)	Libreto.	Luis de Olona	4
La dama del Rey	Música.	Emilio Arrieta	160
Lo que de Dios está	Libreto.	Graciliano de Puga	4
	Música.	Manuel Cresej	140
Las bodas de Juanita	Libreto.	Luis de Olona	4

---

(1) Toda partitura que se pida por los representantes de esta galería, se considera como vendida, y los mismos han de responder de su importe.

MARCO SPADA

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO

POR

D. EDUARDO ZAMORA Y CABALLERO.

Representado por primera vez en Madrid, en el teatro de Variedades,
la noche del 5 de Abril de 1862.

MADRID.

IMPRENTA DE T. FORTANET, LIBERTAD, 29.

1863.

NOTA.

El asunto de esta obra es el de la ópera cómica que con el mismo título escribió en francés Mr. Scribe.

Á MI QUERIDO AMIGO

DON ROQUE BÁRCIA.

Amigo mio: como la primera página de una obra es la única que pertenece al autor, pues las demás son propiedad del público, voy á recordar en esta un suceso que acaso usted haya olvidado, pero que yo tengo grabado en mi corazon con indelebles caractéres.

En el mes de Mayo de 1859 un jóven desconocido de todo el mundo llamaba á la puerta de un poeta distinguido. El jóven llevaba una oda que queria publicar en El Teatro Español, periódico que veia la luz pública en aquella época, bajo la direccion del apreciable literato que buscaba. El director del periódico le recibió con esa bondad que es patrimonio exclusivo de los hombres superiores, oyó su composicion, cosa que habian rehusado al principiante varias *notabilidades*, y no contento con oirla, indicó á su autor algunas correcciones que fueron hechas inmediatamente, y le prometió que su poesía seria inserta en uno de los números próximos á publicarse. Desde aquel dia el jóven oscuro y desconocido fué amigo del eminente publicista que le concedió su amistad como un favor más.

Usted sabe perfectamente quiénes son los dos hombres á que aludo, pero yo quiero que el público tambien lo sepa.

El jóven que buscaba un nombre, soy yo; el literato que tendiéndole la mano como escritor y como amigo hacia volver á su corazon la esperanza que empezaba á abandonarle, es usted, cuyo amor á la juventud estudiosa le hace tan apreciable como su claro talento.

Ahora bien: la gratitud es la única moneda con que se pagan los favores, y yo me acusaria hasta de poco honrado si no tratara de pagar de algun modo la deuda que con usted tengo.

Por eso me he decidido á dedicar á usted esta obra, seguro de que la aceptará bondadosamente, sin atender á sus muchos defectos, pues solo verá en ella una prueba de la gratitud y el cariño que le profesa su invariable amigo

EL AUTOR.

25116 0

Digitized by the Internet Archive
in 2018 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/marcospadadramae00zamo_0

APROBADO POR LA CENSURA.

PERSONAJES.	ACTORES.
ANGELA..	Sra. Berrobianco.
LA MARQUESA DE SAMPIETRI.	Sanz.
MARCO SPADA (con el nombre de baron de Tórrida).	Sr. Oltra.
FEDERICO.	Pardiñas.
PEPINELLI.	Morales.
EL PRÍNCIPE OSSORIO.	Vico.
FRAY BORROMEO.	Perez.
GERONIO.	Vivancos.
UN OFICIAL DE DRAGONES. .	N. N.
UN CABALLERO.	N. N.
BANDIDO 1.°.	N. N.
BANDIDO 2.°.	N. N.
BANDIDO 3.°.	N. N.

DAMAS, CABALLEROS, DRAGONES Y BANDIDOS.

La accion en el siglo XVIII. El primer acto en un castillo situado cerca de Albano. El segundo en Roma en el palacio del príncipe Ossorio y el tercero en un bosque en las inmediaciones de Roma.

ACTO PRIMERO.

Salon lujosamente amueblado. Puerta al foro y laterales. A la derecha en primer término un balcon. A los lados de la puerta del foro dos mesas con libros, papeles, jarrones de flores y candelabros con bujías encendidas. Es de noche.

ESCENA PRIMERA.

EL GOBERNADOR.—LA MARQUESA.—A poco PEPINELLI. Los dos primeros entran por la puerta del foro con cierto recelo.

GOBERNAD. Sola tambien esta sala.
MARQUESA. Rara aventura es la nuestra.
GOBERNAD. Tanto, querida sobrina,
que no sé qué piense de ello.
MARQUESA. El temor á pesar mio
de mi alma se apodera,
y siento un temblor extraño
que me embarga...
GOBERNAD. Nada temas.
Aquí viene Pepinelli
á disipar tus sospechas.
PEPINELLI. (*Entrando por el foro.*)
Nada, un castillo encantado
es esta casa, Marquesa.
He recorrido anhelante
una multitud de piezas,
sin hallar alma viviente
que do estamos me dijera.
GOBERNAD. Y hay aquí en todo el mueblaje
suntuosidad y riqueza.

PEPINELLI. Y ved, libros, y papeles
de música.
MARQUESA. Y flores frescas.
GOBERNAD. Todo eso indicar parece
de habitantes la presencia.
PEPINELLI. Sin contar con que á nosotros
alguien nos abrió las puertas,
por mas que despues de abrirlas
huyese nuestra presencia.
MARQUESA. (*Con enfado.*)
Capitan, vuestra es la culpa
de cuanto ocurre...
PEPINELLI. Marquesa!
MARQUESA. Sí, vos nos habeis perdido
del bosque entre las malezas
y en vez de llegar á Roma
no sé donde vamos...
GOBERNAD. Piensa
qué en pasar aquí la noche
no es gran desgracia la nuestra.
PEPINELLI. Cierto. Un hermoso castillo
con habitaciones régias
y cuyo exterior en todo
parece una fortaleza,
segun está guarnecido
de torreones y almenas.
MARQUESA. Pero habitado por duendes.
PEPINELLI. Volvamos á la vivienda
que en medio de la montaña
antes albergue nos diera.
MARQUESA. Prefiero quedarme aquí,
á ver las gentes aquellas.
¡Qué caras!
PEPINELLI. Lo que es las caras
no eran en verdad muy buenas.
GOBERNAD. Sin duda, sobrina mia,
te habrás figurado al verlas,
que eran las de los bandidos
mas feroces de la tierra.
MARQUESA. Acaso de Marco Spada
los viles secuaces fueran.
PEPINELLI. (*Como con miedo.*)
No nombreis á ese bandido.

GOBERNAD. Cómo! Temeis?...
PEPINELLI. Buena es esa!
¡Un capitan de dragones,
Gobernador, nunca tiembla!
Pero, en fin, no es agradable
hablar de... verdad, Marquesa?
MARQUESA. Ciertamente.
(*El Gobernador recorre toda la estancia, deteniéndose en cada puerta como reconociendo las habitaciones á que conducen, dando lugar al diálogo de la Marquesa y de Pepinelli.*)
PEPINELLI. Oid señora.
MARQUESA. Qué quereis?
PEPINELLI. La fatal nueva
háme dado vuestro tio
de que Federico llega.
MARQUESA. Ya ha abandonado la Francia
y á Roma por fin regresa.
PEPINELLI. A ser dueño de esa mano
por la que mi vida diera.
MARQUESA. Capitan...
PEPINELLI. Yo que idolatro
rendido vuestra belleza,
desque el marqués, vuestro esposo,
fué á gozar la vida eterna,
perderé al veros casada
con vuestro primo, Marquesa,
el escasísimo juicio
que desde que os vi me queda.
MARQUESA. Nadie de amor enloquece.
GOBERNAD. (*Que supone haber encontrado un boton en la pared.*)
Señores, dichosa nueva.
MARQUESA. Qué ocurre?
GOBERNAD. Un boton, oculto
en esta pared se observa,
que debe ser su resorte.
PEPINELLI. No lo toqueis.
GOBERNAD. Una puerta
excusada aquí hay sin duda.
PEPINELLI. Dejadla por santa Tecla,
que abrirla siendo excusada
gran descortesía fuera.

GOBERNAD. No importa. Quiero saber
el misterio que se encierra
en este castillo.
MARQUESA. Tio
no nos expongais...
GOBERNAD. No temas.
(Toca el resorte y suena un timbre, abriéndose á pocos momentos una puerta secreta por la que aparece Angela á quien todos saludan respetuosamente.)

ESCENA II.

DICHOS.—ANGELA.

ANGELA. Ah!
GOBERNAD. Señora, perdonad.
ANGELA. ¿Cómo hasta aquí habeis llegado?
GOBERNAD. Siento haberos asustado...
ANGELA. No es miedo, es curiosidad.
MARQUESA. Permitid á una mujer
que os refiera el lance raro.
PEPINELLI. (Si es el diablo, declaro
que no tiene muy mal ver.)
ANGELA. Hablad, señora.
MARQUESA. Escuchad.
De Roma á una cacería
salimos al ser de dia,
con gentes de la ciudad.
Con inusitado ardor
hemos corrido, no en vano,
de las praderas el llano,
de los montes el fragor.
Mi tio, y el capitan
y yo con ellos, señora,
despues de correr un hora
con nunca sentido afan,
internados en el monte
hemos perdido la pista,
á tiempo que á nuestra vista

se ocultaba el horizonte.
Cansados ya de correr
é ignorando donde estaban
los que nos acompañaban,
empezamos á temer;
cuando para hacer mas fiero
y adverso nuestro destino,
á sobrecogernos vino
el mas copioso aguacero.

GOBERNAD. Viéndonos solos allí
en medio de la montaña,
en una humilde cabaña...

ANGELA. (*Interrumpiéndole.*)
¿Os dieron albergue?

GOBERNAD. Sí.

PEPINELLI. Pero hallamos reunidos
en la pobre habitacion,
hombres de tal condicion
que los creimos bandidos.

MARQUESA. Y así, la lluvia pasada
de marchar me asaltó idea.

PEPINELLI. Y yo busqué su hacanea,
hermosa torda rodada.

GOBERNAD. Montamos sin dilacion,
para dar la vuelta á Roma,
cuando mi sobrina toma
la contraria direccion.
En vano á voces la arguyo.

PEPINELLI. Bien á su pesar marchaba,
que el caballo que montaba
la Marquesa, no era el suyo.
Fué un error mio.

MARQUESA. Y mi mano
á pararle inútil erá
en su fogosa carrera.

GOBERNAD. Tomó el camino de Albano;
y nosotros en pos de él
corriamos como el viento
sin cansar su violento
escape.

ANGELA. (*Con entusiasmo.*) ¡Bravo corcel!

PEPINELLI. Nuestros caballos, señora
ya la fatiga rendia.

ANGELA. (*A la Marquesa con interés.*)
Pero el vuestro?...
MARQUESA. Proseguia
su carrera aterradora.
GOBERNAD. Ni Pepinelli, ni yo
podiamos ya seguillo,
cuando al ver este castillo
de improviso se paró;
empezando á piafar
y á relinchar de manera,
que le juzgara cualquiera
acostumbrado á mandar.
PEPINELLI. Pero más nos asombró,
que al oirle vuestra gente,
hiciera bajar el puente
que franco paso nos dió.
MARQUESA. Y mucho más todavía,
el no haber á nadie hallado,
desde que aquí hemos entrado.
ANGELA. No me sorprende á fe mia;
y si atencion me prestais,
yo todo lo explicaré
y la nueva os pagaré
que sin saberlo me dais.
PEPINELLI. Una nueva?
ANGELA. Y venturosa
para mí.
MARQUESA. Mucho me place.
GOBERNAD. Decidnos el desenlace
de este enredo.
PEPINELLI. (Y es hermosa.)
ANGELA. Mi padre, el noble baron
de Tórrida, hace ocho dias
á una de los correrías
que en él muy frecuentes son
partió: su potro rodado,
noble y fogoso corcel,
tiene las señas de aquel,
que decis haber cambiado.
Incansable en la carrera
de sangre pura y ardiente,
es como el leon valiente,
ágil como la pantera.

MARQUESA. Bien lo ha dado á conocer.
ANGELA. Mi padre volverá ya,
y dó vosotros, quizá
se tuvo que guarecer,
por esquivar la violencia
de la lluvia que caia,
mientras aquí os conducia
de su potro la querencia.
PEPINELLI. Más... ¿por qué al volver aquí
parece como que asusta
á sus criados?
ANGELA. (*Con ingenuidad.*) El gusta
de ser recibido así.
Llega, su caballo fiel
con su piafe impaciente
da el aviso, baja el puente
que vuelve á subir tras él.
Nadie le sale á encontrar,
que así á mi padre conviene,
desmonta, y no se detiene
hasta llegarme á abrazar.
PEPINELLI. Que ha de ser raro sospecho
su genio.
ANGELA. (*Con alguna severidad.*) Cuanto hace él,
cual hija sumisa y fiel,
hallo, capitan, bien hecho.
Que con mi padre y señor
yo solo tengo, en conciencia,
un deber que es la obediencia,
y un derecho que es su amor.
GOBERNAD. Decis bien.
MARQUESA. ¿Pero dejaros
en tan triste soledad?...
ANGELA. Pues tal es su voluntad
no debo poner reparos.
MARQUESA. Mucho le amais á mi ver.
ANGELA. ¡Oh! con ciega idolatria,
él es mi sola alegría,
es mi orgullo, es mi placer.
Su esposa llevóse Dios
el dia en que yo nací,
y pues la perdió por mí
debo amarle por las dos.

GOBERNAD. ¿Y decís que es el baron
de?...
ANGELA. De Tórrida.
GOBERNAD. Ese nombre
nunca escuché
ANGELA. No os asombre,
porque es tal su condicion
que nunca á la corte va:
en su castillo aislado
vive del trato apartado.
MARQUESA. Severo con vos está.
ANGELA. No tal, nunca tan dichoso
parece y tan halagado
como al mirarme á su lado.
¡Me quiere tanto!
MARQUESA. (Es pasmoso.)
¿No habeis estado jamás
en ningun baile?
ANGELA. Señora,
no me ha ocurrido hasta ahora,
pedir que me lleve.
GOBERNAD. Mas
¿creeis vos que accederia
á llevaros?
ANGELA. No sé yo...
pero nunca me negó
nada.
PEPINELLI. Gran placer tendria
en veros lucir sin tasa
vuestra belleza.
MARQUESA. Si tal.
GOBERNAD. Si no lo tomais á mal,
muy pronto honrareis mi casa.
Doy un baile la semana
que viene, y á él he invitado
todo lo más elevado
de la nobleza romana.
A vuestro padre hablaré,
si viene esta noche; y creo
que accederá á mi deseo,
y en mi palacio os veré.
(*Suena un laud. Todos se miran maliciosamente. Angela, turbada, dice despues de un momento.*)

ANGELA. Pero quereis descansar
(es él). Esta estancia... (*Por la de la derecha.*)
GOBERNAD. Vamos.
PEPINELLI. (Paréceme que estorbamos.)
(*El Gobernador y la Marquesa se dirigen hácia la puerta de la derecha, seguidos de Pepinelli, á quien Angela detiene diciéndole.*)
ANGELA. Vos allí podeis entrar.
PEPINELLI. Gracias por tanta bondad.
ANGELA. Señores... sólo sintiera,
que molesta os pareciera
mi franca hospitalidad.
(*El Gobernador y la Marquesa saludan y salen por la derecha.*)
Vos encontrareis corriente
esa estancia. (*Por la de la izquierda.*)
PEPINELLI. Me acomodo.
(Aquí se encuentra de todo...
Sí, de todo... menos gente.)
(*Sale por la izquierda.*)

ESCENA III.

ANGELA.—Luego FEDERICO.

ANGELA. Es él. Cual todas las noches
vendrá bajo mi ventana,
con sus amantes cantares
á decirme que me ama.
Caballero!...
(*Abre el balcon por el que entra Federico*).
FEDERICO. Angel de amor,
perdonadme tanta audacia,
y escuchad sin enojaros
mis amorosas palabras.
ANGELA. Qué decís?
FEDERICO. Que necesito
hablaros sin más tardanza;
y aunque supiera, señora,
que la existencia jugaba,
sin admitir dilaciones
aquesta noche os hablara.

ANGELA. Pero... qué ocurre?
FEDERICO El baron?
ANGELA. Hoy debe llegar sin falta.
FEDERICO. Hoy llega?... ¡Y á Roma yo
tengo que marchar mañana!
ANGELA. Qué escucho?
FEDERICO. Que con el dia
abandono esta comarca,
dejando mi corazon
prisionero en la montaña.
ANGELA. Prenda es que, aunque vale mucho,
no han de conseguir robarla,
á quien guardándola queda
en el fondo de su alma.
FEDERICO. Pero yo quisiera hablar
á vuestro padre, mi Angela,
para enterarle de todo.
ANGELA. Mi padre no ignora nada.
FEDERICO. Qué!... le habeis dicho?
ANGELA. Le he escrito
que un jóven en la montaña
por salvarme de una fiera
con hidalguía extremada
arriesgó su noble vida;
que despues á mi ventana
entona tiernos cantares
todas las noches sin falta:
le he escrito que yo le amo,
y le he escrito que él me ama.
FEDERICO. ¿Y si al saber este amor
vuestro padre se irritara?
ANGELA. Hais salvado mi existencia,
y mi existencia es su alma;
me amais, y sólo por eso
tambien ya mi padre os ama:
dísteis pruebas de valiente,
y á los bravos idolatra;
por qué, pues, ha de irritarse?
No temais, no temais nada.
Habladle.
FEDERICO. Mas esta noche
no es ocasion.
ANGELA. Pues mañana.

FEDERICO. ¿Olvidais que mis parientes
en la capital me aguardan?
ANGELA. Volved.
FEDERICO. Acaso es difícil.
Ah! qué idea! En la semana
próxima el príncipe Ossorio
un gran baile da en su casa.
Es el martes.
ANGELA. No lo ignoro,
pues estoy á él invitada.
FEDERICO. Asistid. Allí se junta
la aristocracia romana.
En él os veré.
ANGELA. Dios quiera
que mi padre...
FEDERICO. Por Dios Angela.
ANGELA. Le pediré que me lleve.
FEDERICO. Mas...
ANGELA. Nunca me niega nada.
(*Se oye una sonata de caza.*)
Idos. Que llega el baron,
anuncia el cuerno de caza,
y encontrar aquí no debe
al que entró por la ventana.
FEDERICO. Adios. Me marcho sin vida.
ANGELA. Id con Dios. Quedo sin alma.
(*Federico sale por el balcon que Angela cierra en seguida.*)

ESCENA IV.

ANGELA.—MARCO SPADA.

ANGELA. Padre!
MARCO. (*Abrazándola.*) ¡Repose en mis brazos
la flor de aquestas montañas!
ANGELA. Cómo venís?
MARCO. Las fatigas
sabes que no me anonadan,
y mucho más cuando vengo

con la dichosa esperanza
de estrechar contra mi seno
á la hija de mis entrañas.

ANGELA. No estais conmigo enojado?

MARCO. Contigo! quién se enojara?
Y... á propósito... ¿ese jóven
de que en tu carta me hablabas,
sigue rondando el castillo,
y dándote serenatas?

ANGELA. Padre!... (*Con turbacion.*)

MARCO. (*Con bondad.*) Vamos, si que sigue,
te lo conozco en la cara.
No tienes que avergonzarte,
que si el mancebo te ama,
prueba que tiene buen gusto
en materia de muchachas.
Si tú á su amor correspondes,
yo le quiero con el alma.

ANGELA. Sin conocerle?

MARCO. Por tí
arriesgó su vida, y basta.

ANGELA. Temí que vos al saberlo...

MARCO. Temiste que me enojara?
Bah! ya estaba preparado
á esa pequeña desgracia;
pues joya de tanto precio
como tú ha de ser buscada.

ANGELA. No me sonrojeis.

MARCO. ¿Y el jóven
es galante?

ANGELA. Ya se pasa.

MARCO. Y comedido?

ANGELA. Cual nadie.

MARCO. Honrado?

ANGELA. No tiene tacha.

MARCO. Valiente... no hay que dudarlo,
claro lo dice su hazaña.
Ya estoy deseando verle.

ANGELA. Él tambien lo deseaba.

MARCO. Pues que venga, y hablaremos,
y si en él no encuentro falta,
si los dos quereis, muy pronto
sin mas ceremonia os casan.

ANGELA. Padre mio!
MARCO. No te asombres.
Tú eres rica, eres honrada,
y más hermosa que el lirio,
más que la azucena casta,
con que puedes elegir
el dueño que más te plazca.
ANGELA. Yo me atendré á vuestro gusto.
MARCO. No es fácil me contentara
con ninguno, pues tú vales
más aún que toda Italia.
(*De pronto como asaltado por una idea.*)
Mas escucha... (Oh Dios! Qué idea!)
Lo mejor se me olvidaba.
¿Es italiano ese jóven?
ANGELA. Creo que viene de Francia.
MARCO. ¡Dios sea loado! Pues
á haber nacido en Italia,
no le otorgara tu mano,
aunque el mundo se empeñara.
ANGELA. Y por qué?
MARCO. Es una aprension...
No quieras saber la causa.
ANGELA. Ay! con tanto hablar del jóven,
deciros se me olvidaba
que sin pediros licencia
he dado albergue á una dama
y á dos caballeros que,
de manera bien extraña,
han llegado á este castillo.
MARCO. Pues que tú lo has hecho, basta
para que lo encuentre bien
tu padre.
ANGELA. ¡Cuánto me ama!
MARCO. ¡No lo sabes tú, hija mia!
ANGELA. ¿Por qué poneis esa cara
tan séria, para decirme
lo que más mi orgullo halaga?
MARCO. Caprichos de mi carácter.
(¡Dios, que nunca sepa nada!)
ANGELA. Ellos van á devolveros
vuestra montura rodada
que con vos han cambiado,

y que causó su desgracia.

MARCO. Ya la creia perdida
y me place recobrarla.

ANGELA. Son gentes de la ciudad
y el mirarlos daba lástima,
sobre todo la señora
y el más jóven, que temblaban
de miedo de unos bandidos
que diz hay en la montaña,
y tienen por capitan
al terrible Marco Spada.
Decid... ¿quién es ese hombre?

MARCO. Un pobre diablo, Angela,
á quien ninguno vió nunca
y que á todos acobarda.
No hablemos de él...

ANGELA. Pues no hablemos.

MARCO. Hablemos de un viaje á Francia
que pienso emprender muy pronto.

ANGELA. Un viaje?

MARCO. Qué... ¿te enfada?

ANGELA. No... ¿y estareis mucho tiempo?

MARCO. No pienso volver á Italia.

ANGELA. ¿Y yo?

MARCO. Tú vienes conmigo.

ANGELA. Mas... ¿él?

MARCO. En nuestra compaña
vendrá á su país natal,
si como dices te ama.
¿Tienes que pedir aún
algo más?

ANGELA. Sólo una gracia.

MARCO. ¿Una quien las tiene todas?

ANGELA. ¿Quereis complacerme?

MARCO. Habla.

ANGELA. Los huéspedes que tenemos,
que son gente de importancia,
dan un baile en Roma el martes
de la próxima semana.

MARCO. Y bien? (*Con sobresalto.*)

ANGELA. Yo quiero asistir.

MARCO. ¿Sabes lo que dices?

ANGELA. ¡Vaya!

MARCO. (*Como hablando consigo mismo.*)
El martes hay un gran baile
del Gobernador en casa.
ANGELA. ¿Del Gobernador?
MARCO. Si tal.
ANGELA. Por él estoy invitada.
MARCO. (*Con creciente agitacion.*)
Es posible?...
ANGELA. El dijo: —el martes
tengo gran baile en mi casa,
y espero que vuestro padre
y vos os digneis honrarla.
MARCO. ¿Y el huéspede que tenemos
es?...
ANGELA. Claro á la vista salta,
que el Gobernador será
el que con aquella dama
y un capitan de dragones
halló albergue en vuestra casa.
MARCO. (El Gobernador aquí?)
ANGELA. Me llevareis?
MARCO. (*Sonando un timbre.*)
(Dios le valga.)
Si el baile se verifica, (*Con tono fatídico.*)
te prometo que irás, Angela.
(*Vase Angela por la puerta por donde salieron la Marquesa y el Gobernador.*)

ESCENA V.

MARCO.—GERONIO por el foro.

MARCO. Geronio, el Gobernador
de Roma se halla en mi casa.
GERONIO. Y bien... ¿qué quereis?
MARCO. ¿Qué quiero?
Quiero que queden saldadas
esta noche nuestras cuentas.
GERONIO. Descuidad, nada hará falta.
(*Sale Geronio por el foro.*)

ESCENA VI.

ANGELA.—MARCO.—LA MARQUESA.—EL GOBERNADOR.

ANGELA. Padre os presento los nobles
que antes de mí se ampararan.
GOBERNAD. Señor Baron! (*Dando la mano á Marco.*)
MARQUESA. Caballero!
MARCO. Sed, señores á esta casa
bien venidos.
GOBERNAD. A vuestra hija
y á vos debemos mil gracias,
por habernos concedido
hospitalidad tan franca.
MARQUESA. Y es delicioso el castillo;
aunque entre grandes criada,
no puedo menos, señores,
de admirar tanta elegancia.
MARCO. Ya que retengo á mi hija
en medio de las montañas,
quiero al ménos que su cárcel
sea una cárcel dorada.
GOBERNAD. Bien pensais.
ANGELA. Ya veis, señores,
cuanto me cuida y me ama.
MARCO. Vos sois?...
GOBERNAD. El Gobernador
de Roma.
MARCO. (No me engañaba.)
Salud al príncipe Ossorio.
GOBERNAD. ¡Hola! ¿Conoceis mi casa?
MARCO. Aunque alejado de Roma
por mis aprensiones raras,
conozco de nombre á toda
la aristocracia romana.
Esta dama...
GOBERNAD. Es la Marquesa
de Sampietri.
MARCO. Ilustre raza!

GOBERNAD. Es mi sobrina.
MARCO. Gran honra
es su parentesco.
MARQUESA. Gracias.
MARCO. ¿Y cómo el Gobernador
se arriesga en estas montañas,
sin temer á los bandidos?
MARQUESA. Baron, por nuestra desgracia.
MARCO. Fué una imprudencia.
ANGELA. Sin duda.
MARCO. Que os puede costar muy cara.
GOBERNAD. Es muy cierto, que á cogerme
el bribon de Marco Spada,
no tardara en fusilarme.
MARCO. Eso creo. (*Con naturalidad.*)
ANGELA. (*Al Gobernador.*)
Tanto os ama?
GOBERNAD. Yo le hago una guerra á muerte.
Y él, señorita, me paga
del mismo modo. Yo cojo
uno de los de su banda,
y lo fusilo al momento;
y él, sin formacion de causa,
á cuantos caen en sus manos
pasa tambien por las armas.
MARCO. Pues entre los dos, seguro,
vais á despoblar la Italia.
GOBERNAD. Yo me he jurado á mí mismo
prenderle, y en cuanto caiga
en mis manos...
ANGELA. Qué le hareis?
GOBERNAD. Lo fusilo sin tardanza.
MARCO. Si él ha hecho por su parte
igual juramento...
ANGELA. (*Como asustada.*) Basta.
MARCO. Es una suposicion.
GOBERNAD. Que de verdad tiene trazas.
MARQUESA. ¿Y no teneis de prenderlo
ni remotas esperanzas?
GOBERNAD. Ningunas; es un tunante
lleno de valor y audacia,
que ha sabido burlar siempre
mis medidas las más cautas.

MARCO. Y de sus señas sabeis,
Gobernador?...
GOBERNAD. Ni palabra.
Él es un hombre invisible,
y más bien que hombre, es el alma
de todos los bandoleros,
que están saqueando á Italia.
Luego, como sus rapiñas
ejerce siempre en las cajas
del Gobierno, el muy bribon
disfruta entre la canalla
un prestigio, que del riesgo
frecuentemente le salva,
pues tiene de mis medidas
noticia segura y rápida.
MARCO. Sí, dicen que le protegen
las gentes de esta comarca;
pero yo confio en vos;
con astucia y vigilancia
todo es posible, y espero
que veais pronto la cara
á ese terrible bandido,
ó mas bien á ese fantasma.
GOBERNAD. No he de tener compasion
de protestas ni de lágrimas.
Haré con él...
MARCO. (*Interrumpiéndole con ironía.*)
Lo que hiciera
él con vos si os atrapara.

ESCENA VII.

DICHOS.—PEPINELLI, que entra por la izquierda con visibles muestras de terror.

PEPINELLI. ¡Ay, señor Gobernador!
MARQUESA. Qué os sucede?
PEPINELLI. Casi nada.
ANGELA. Teneis la faz alterada.
GOBERNAD. Temblais?
PEPINELLI. No... cá!... no señor.

MARCO. No lo podeis ocultar.
MARQUESA. Qué hay?
PEPINELLI. Que estamos perdidos.
GOBERNAD. Acabad ya.
PEPINELLI. Los bandidos
son los que van á acabar
con nuestras vidas, señores.
MARQUESA. Qué decís?
PEPINELLI. Lo que escuchais.
MARCO. Capitan, soñando estais.
PEPINELLI. Oíd: en los corredores
del castillo me interné
por una pequeña puerta
que de par en par abierta
en mi habitacion hallé.
Un gran trecho recorrí,
y ya á mi estancia tornaba,
cuando escuché que se hablaba
á pocos pasos de mí.
MARQUESA. Bien, proseguid.
PEPINELLI. Al pasar
junto á una puerta cerrada,
el nombre de Marco Spada
bien claro oí pronunciar.
MARCO. Conversacion de criados.
PEPINELLI. Oid, que pica en historia,
y conservo en mi memoria
sus palabras..
MARCO. (¡Ah menguados!)
ANGELA. Por Dios, capitan, hablad.
GOBERNAD. Sí, decid, ¿qué habeis oido?
MARQUESA. Contadnos lo sucedido.
MARCO. Sí, referidlo.
PEPINELLI. Escuchad.
Dijo el uno:—¿Sabes ya
que esta aquí el Gobernador?
Y dijo el otro:—Mejor;
así no se escapará.
—Hoy ha de quedar vengada
en su sangre nuestra gente.
—Diz que es un viejo valiente.
—Nos mandará Marco Spada,
y á su corazon de bronce

nada asusta.—Es la verdad.
—Conque junta en brevedad
tus gentes, y aquí á las once.
Dudais aún? (*A Marco.*)

MARCO. Puede ser.

GOBERNAD. Sin duda me han conocido
en el monte, y me han seguido
para hacerme perecer.

MARQUESA. Dios mio!

MARCO. Lance cruel!

ANGELA. Protéjanos el Señor!

PEPINELLI. Dios salve al Gobernador!
(y me salve á mí con él.)

GOBERNAD. (*A Marco.*)
No me conduele por mí,
y sólo siento que traje
al pediros hospedaje
esta desventura aquí.

MARCO. Príncipe, de eso no hablemos.

ANGELA. Hay armas aquí y criados.

PEPINELLI. Al enemigo entregados
segun lo que ya sabemos.
No son gentes de fiar.

MARQUESA. Y qué hacemos?

GOBERNAD. Yo por mí
juro que si muero aquí,
no será sin pelear.

PEPINELLI. (Buen consuelo.)

MARCO. (*Con ironía.*) Yo tambien
prometo esgrimir la espada.

PEPINELLI. Eso no resuelve nada:
seremos tres contra cien.

GOBERNAD. Yo vengaré, por Dios vivo,
mi muerte en esos traidores.

MARCO. Y yo tambien.

PEPINELLI. Mas, señores,
yo soy poco vengativo,
y mas bien que de vengar
mi muerte, yo deseara
que un medio se presentara
de podernos escapar.

MARQUESA. Un piquete de dragones
hay en el bosque apostado.

PEPINELLI. Cierto: yo lo he colocado (*Al Gobernador.*)
segun vuestras instrucciones.
ANGELA. Entonces no hay que dudar.
MARCO. (Están lejos.) (*Con satisfaccion.*)
PEPINELLI. Nos salvamos.
Ya verán la que les damos.
GOBERNAD. Y quién los ha de buscar?
PEPINELLI. Yo sin que nadie lo advierta
por el balcon... (*Se dirige á él.*)
MARCO. (*Deteniéndole.*) ¡Desdichado!
Si el castillo está cercado,
correis á una muerte cierta.
PEPINELLI. Pensado en ello no habia, (*Retrocediendo.*)
pero no se me reproche,
que si yo muero esta noche
no será por culpa mia.
MARQUESA. Entonces no hay salvacion.
PEPINELLI. (¡Buena noche nos espera!)
MARCO. Tambien imprudencia fuera
salir de esta habitacion.
(*Se oye un silvido penetrante. Todos se miran con asombro. Pepinelli queda inmóvil de miedo. La Marquesa y Angela se abrazan con muestras de terror más visibles en aquella que en esta.*)
MARCO. (Todos están dentro ya.)
Oisteis?
GOBERNAD. (*Desenvainando con calma su espada.*)
Van á atacarnos.
PEPINELLI. Lo mejor es encerrarnos,
que despues ello dirá.
(*Va cerrando todas las puertas, luego desenvaina la espada y colocándose al lado de la Marquesa, dice con voz que se esfuerza por hacer aparecer segura.*)
Marquesa, sucumbiré
por vos, luchando valiente.
GOBERNAD. (*Yendo á colocarse al lado de Angela.*)
Antes que á vos nadie atente,
señora, morir sabré.
MARCO. (*Al Gobernador.*)
Que estoy yo aqui, reparad.
GOBERNAD. (*Con entereza á Marco.*)
Antes albergue me dió,

muriendo por ella; yo
pago su hospitalidad.

MARCO. (¡Quiere morir por mi hija!
Yo no le puedo matar.)
(*Se oye el sonido de un clarin que va acercándose por momentos.*)

PEPINELLI. Aún nos podemos salvar.

MARCO. (*Con inquietud.*) Qué pasa?

PEPINELLI. (*Con alegria.*) Nadie se aflija.
¿No escuchais ese clarin?
El me anuncia mis dragones.

MARCO. (Confúndanlos mil legiones...)

ANGELA. Dios se ha apiadado por fin
de nosotros.

MARQUESA. Él los guia.
(*Se oye golpear fuertemente en el exterior.*)

GOBERNAD. Ya á la puerta principal
llaman.

MARCO. Haré la señal
para que abran. (¡Qué agonía!)
(*Toma un cuerno de caza que habrá colgado en la pared, toca una sonata, cesan los golpes que se suponen dados en la puerta de abajo y se oye un rumor confuso y lejano en todo el castillo. Al mismo tiempo Pepinelli abre la puerta del foro, con muestras de gozo. Todos permanecen en silencio, mirando á dicha puerta en la que al cabo de algunos momentos aparece Federico.*)

ESCENA VIII.

DICHOS.—FEDERICO.

ANGELA. ¡Ah!

MARCO. (*A Angela.*) Qué?

ANGELA. (*A Marco.*) Padre mio, es él.

MARCO. (*Mirando atentamente á Federico.*)
(Buena presencia.)

FEDERICO. Señores,
por estos alrededores
vagando, encontré un tropel

de bandidos, que estos muros
escalando silenciosos,
de sus planes codiciosos
diéronme indicios seguros.

GOBERNAD. Caballero es la verdad.

FEDERICO. Comprendí que iba á pasaros
un mal lance, y ayudaros
determiné en brevedad.

ANGELA. (*A Marco.*)
(Lo veis, padre?)

MARCO. (*A Angela*) (Sí lo veo.)

FEDERICO. No pudiendo aquí llegar,
me era imposible avisar,
que fué mi primer deseo.
Mas de pronto recordé
que en estas inmediaciones
un piquete de dragones
se encontraba, y le avisé.

MARCO. (Vive Dios que se ha lucido.)

FEDERICO. En cuanto el lance supieron,
hácia el castillo corrieron
con ánimo decidido.
Hora registrando están
todas las habitaciones
y espero que esos bribones
no se les escaparán.

GOBERNAD. Jóven, os debo la vida,
pero no lo olvidaré.

FEDERICO. Mi servicio es corto á fe.

MARQUESA. Oh! no tal.

PEPINELLI. Nunca se olvida
á quien hace lo que vos.

ANGELA. Ciertamente.

MARCO. Yo tambien
quisiera pagaros bien
tan grande favor...

FEDERICO. Por Dios
me confundís.

PEPINELLI. Mis dragones
vienen ya.

ESCENA IX.

DICHOS.—Un OFICIAL y varios dragones romanos, que aparecen en la puerta del foro.

OFICIAL. Mi capitan (*A Pepinelli.*)
solas de esta casa están
todas las habitaciones.
PEPINELLI. ¡Cómo! ¿Tan pronto han huido?
¿Estais seguro?
OFICIAL. Si tal.
MARCO. (No fué en vano mi señal.) (*Con satisfaccion.*)
PEPINELLI. Estoy por Dios confundido.
MARCO. Sin duda fué una aprension
vuestra, señor capitan,
la de aquel odioso plan.
PEPINELLI. Oí la conversacion.
MARCO. Así será.
GOBERNAD. Caballero (*A Marco.*)
pues que ya en seguridad
vamos, de vuestra bondad
más tiempo abusar no quiero.
ANGELA. ¿Os volveis á Roma?
GOBERNAD. Sí.
MARQUESA. Ya tenemos quien nos guarde
(*Señalando á los dragones.*)
en el camino...
ANGELA. ¡Es tan tarde!
PEPINELLI. (No, yo me quedo aquí.)
GOBERNAD. Si quereis hacerme honor
(*Dando la mano á Marco.*)
doy un baile...
MARCO. Ya lo sé.
GOBERNAD. Y á los dos os invité.
MARCO. Iremos, gobernador.
(*La Marquesa abraza á Angela. Todos saludan á Marco Spada y salen por el foro, quedando solos en escena Marco y su hija.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Salon lujosamente amueblado en casa del príncipe Ossorio. Puertas á la derecha y á la izquierda. En el foro un rompimiento que deja ver otro salon. Todo profusamente iluminado como para un baile.

ESCENA PRIMERA.

LA MARQUESA.—PEPINELLI.

PEPINELLI. Con que no debo tener
esperanza?...
MARQUESA. Yo no digo...
PEPINELLI. Dónde encontrareis, marquesa,
un amor tan infinito,
tan constante, tan leal,
tan sincero como el mio?
MARQUESA. Por eso os tengo en aprecio.
PEPINELLI. Pero en tanto á vuestro primo
aguardais para casaros
segunda vez, es inícuo.
Y por quien soy que se porta
con vos el tal Federico!
MARQUESA. Ya me extraña su tardanza.
PEPINELLI. Que es señal de su desvío.
MARQUESA. ¡Pepinelli!...
PEPINELLI. Sí, marquesa,
aunque os disguste, repito
que para venir de Francia
no es, por mi nombre, preciso
invertir el tiempo que hace
que él emprendió su camino.

MARQUESA. Ya hace dias que debiera
estar en Roma.
PEPINELLI. Yo afirmo
que él viniera mas ligero,
á sentir por vos cariño.
MARQUESA. Esa sospecha me ofende.
PEPINELLI. A ser yo el favorecido,
no desde Paris, del polo
viniera mucho mas listo.
MARQUESA. Pero en fin él llegará.
PEPINELLI. Acaso no se ha movido
de Francia, donde le tienen
sujeto otros amorios.
MARQUESA. Cómo! Sabeis?...
PEPINELLI. Nada sé,
mas supongo, que es el mismo.
MARQUESA. Ved que le haceis una injuria.
PEPINELLI. Si os casais con él, de fijo
voy á echarme á la garganta
un buen nudo corredizo,
por no tener el disgusto,
de veros hacer lo mismo
cuando no podais sufrir
mas tiempo á vuestro marido.
MARQUESA. No seais tan mal profeta,
capitan.
PEPINELLI. Sé lo que digo,
y si quereis escucharme
vais á convenir conmigo.
Vos no podeis, está claro,
amar al tal Federico
pues no le habeis visto nunca.
MARQUESA. Sí tal, le ví cuando niño.
PEPINELLI. Es bastante.
MARQUESA. Menos fuera
que nunca lo hubiese visto.
PEPINELLI. No sabeis si está cambiado,
que sí lo estará, de fijo,
porque la naturaleza,
y la edad, y la... ¿me explico?
Qué os diré de su carácter
que ni vos ni vuestro tio
conoceis, pues él tampoco

lo ha vuelto á ver desde chico?
Quizás sea pendenciero,
jugador ó libertino,
que habiendo vivido en Francia...

MARQUESA. Será un modelo.

PEPINELLI. De vicios.

MARQUESA. Ya amansará de casado.

PEPINELLI. O no amansará.

MARQUESA. Confio
en que el yugo haga doblar
su cerviz.

PEPINELLI. (Estoy perdido,
y eso que, no es alabanza,
mas he hablado como un libro.)

MARQUESA. (Acaso tenga razon
el capitan.)

PEPINELLI. Mas no insisto.
Pues que quereis que me ahorque
sereis servida.

MARQUESA. Os suplico
comprendais mi posicion,
ya se ha empeñado mi tio
en esa boda, y no debo
eludir mi compromiso.

PEPINELLI. Todo eso estaba arreglado,
no habiéndoos comprometido.

MARQUESA. Y qué quereis? Ya está hecho.

PEPINELLI. No tal.

MARQUESA. Es casi lo mismo.

PEPINELLI. Vuestro primo áun no está en Roma.

MARQUESA. Pero vendrá.

PEPINELLI. O no, repito.

MARQUESA. Si no viniera...

PEPINELLI. Qué hariais?

MARQUESA. Yo... capitan...

PEPINELLI. (He vencido.)

MARQUESA. (De despecho me casaba
con este necio.)

PEPINELLI. (Dios mio!
que no llegue yo á ver nunca
en Roma al tal Federico.)

ESCENA II.

DICHOS.—ANGELA.—MARCO SPADA.

MARCO. Señora.
MARQUESA. Señor Baron.
Angela, sed bien venidos.
PEPINELLI. (*A Angela saludando.*)
¡Señorita!...
ANGELA. (*Saludando á Pepinelli.*) ¡Capitan!
PEPINELLI. Baron, celebro muchísimo
tener el gusto de veros.
MARCO. Capitan, lo mismo digo.
Y qué tal?... se pasó el susto?
PEPINELLI. Susto yo? pues no adivino...
MARCO. Aquel que os dió Marco Spada
la otra noche en mi castillo.
PEPINELLI. No tuve ninguno á fe.
MARQUESA. Nadie lo hubiera creido.
PEPINELLI. Creedme, por estas damas
temí tan solo el peligro,
que por mí...
MARCO. Ya se supone.
PEPINELLI. No tan pronto me intimido.
MARCO. Y decid... ¿qué fué del jóven
aquel que nos prestó auxilio,
avisando á los dragones?
MARQUESA. Nada de él hemos sabido.
ANGELA. Nada, decís?...
MARCO. Es extraño.
MARQUESA. Mucho en verdad lo sentimos,
pues cuando recompensar
queriamos su servicio,
en vano se le buscó
entre nuestra escolta.
PEPINELLI. Opino
que aquel jóven era acaso
alguno de los bandidos,
que les jugó esa pasada
por vengar un disgustillo,

y luego huyó de nosotros
temiendo ser conocido.

ANGELA. No digais tal, su presencia
habla por él.

PEPINELLI. Yo no digo...

MARCO. Yo tambien por él respondo;
basta con haberlo visto.

MARQUESA. Teneis razon.

PEPINELLI. (Le defiende
la niña con mucho brio.)

ESCENA III.

DICHOS.—EL GOBERNADOR.

GOBERNAD. Señores...

MARCO. Gobernador...

GOBERNAD. De veros me felicito
en mi palacio.

ANGELA. Mil gracias.

GOBERNAD. He venido á preveniros
que los salones están
ya llenos de mis amigos,
que esperan llegue el momento
de admirar vuestros hechizos.

MARQUESA. Vamos.

GOBERNAD. (*A Angela.*) Tomad este brazo,
y tú este otro. (*A la Marquesa.*)

PEPINELLI. Magnífico!

GOBERNAD. Me van á tener envidia.

PEPINELLI. Sí que os la tendrán.

MARCO. De fijo.

GOBERNAD. (*A Marco.*)
Vos os quedais?

MARCO. Iré luego.

PEPINELLI. Me quedo con vos.

MARCO. Admito:
y os doy por ello mil gracias.

GOBERNAD. Hasta luego.

MARQUESA. Vamos tio.

(*Salen por el foro.*)

ESCENA IV.

MARCO SPADA.—PEPINELLI.

PEPINELLI. Baron, es tan hechicera
como la pinta el deseo.
MARCO. Quién?
PEPINELLI. Vuestra hija.
MARCO. Ya lo creo.
PEPINELLI. Hermosa, amable, sincera.
A no haber mi corazon
cautivado otra hermosura,
no aspirara á más ventura
que rendirla adoracion.
MARCO. Gracias.
PEPINELLI. No exagero nada.
MARCO. Nos haceis mucho favor.
PEPINELLI. Mio seria el honor.
MARCO. Hablemos de Marco Spada.
PEPINELLI. Parece que os interesa.
MARCO. Es pura curiosidad...
Tiene tal celebridad...
PEPINELLI. Fuera inestimable presa.
MARCO. Creo le guardais rencor.
PEPINELLI. No tal. Tan sólo deseo
cogerle, porque preveo
que me hiciera mucho honor:
pues se habla en la ciudad toda
de Marco de una manera,
que el que prenderle pudiera,
seria el hombre á la moda.
MARCO. Que no lo logreis me pesa.
PEPINELLI. Si lo llego á conseguir,
¿cómo podrá resistir
á mis ruegos la Marquesa?
MARCO. La amais?
PEPINELLI. Decid que estoy loco
por ella.
MARCO. (Ya se conoce.)

PEPINELLI. Verla es mi supremo goce,
mi alegría.
MARCO. Poco á poco.
Sois correspondido?
PEPINELLI. No.
MARCO. Duélenme vuestros enojos.
PEPINELLI. Gracias. Por eso á sus ojos
quiero distinguirme yo.
MARCO. Y esperais que en brevedad?
PEPINELLI. Todo con teson se alcanza.
MARCO. Teneis alguna esperanza?
PEPINELLI. Más que eso. Seguridad.
MARCO. Cómo?
PEPINELLI. Pronto cogeré
prisionero á Marco Spada.
MARCO. (Si habrá aquí alguna celada?)
Explicad.
PEPINELLI. Me explicaré.
Casi le tengo en mis manos.
MARCO. Pero cómo?
PEPINELLI. He prometido
al que entregue á ese bandido
seis mil escudos romanos.
MARCO. Buena recompensa!
PEPINELLI. Sí.
MARCO. Y bien?
PEPINELLI. Os vais á asombrar.
Hoy me lo van á entregar.
MARCO. Dónde, capitan?
PEPINELLI. Aquí.
MARCO. Soñando estais.
PEPINELLI. No por Dios.
Por uno de los bandidos
están los demás vendidos.
MARCO. Cuidad no os vendan á vos.
PEPINELLI. He recibido un billete,
en que un tal Jacobo Scanda,
que pertenece á la banda,
entregármelos promete.
MARCO. (Jacobo.)
PEPINELLI. Su capitan
dice que para esta noche
ha pedido gente y coche.

MARCO. Tiene coche ese truhan?
PEPINELLI. Y con los más decididos
viene al baile.
MARCO. Quién diria?
PEPINELLI. A turbar nuestra alegría
con sus feroces bandidos.
Pensará un buen golpe dar.
Hay aquí tanta riqueza!
MARCO. (A sobresaltarme empieza.)
PEPINELLI. No se nos ha de escapar.
¿En las esperanzas mias
abundais?
MARCO. De ningun modo.
PEPINELLI. Ese hombre es capaz de todo.
MARCO. Menos de hacer tonterías.
Y lo fuera, ¡vive Dios!
el dejar su soledad,
y venirse á la ciudad,
á que lo prendieseis vos.
PEPINELLI. Trae gente.
MARCO. No importa nada.
PEPINELLI. Con nuestros fieles criados
sin duda andarán mezclados
los bandoleros de Spada.
MARCO. Decid, ¿y el Gobernador?
PEPINELLI. De todo avisado está,
y él habrá tomado ya
la providencia mejor.
MARCO. Y vos?
PEPINELLI. Yo seré muy pronto
marqués, si logro coger
á ese hombre de Lucifer.
MARCO. (Me hace reir este tonto.)

ESCENA V.

DICHOS.—La MARQUESA.—ANGELA.—Acompañamiento de damas y caballeros.

MARCO. (*A Angela.*)
¿Ha terminado, hija mia,
la primera contradanza?

ANGELA. No ha terminado.
MARQUESA. El asombro
nos obligó á abandonarla.
PEPINELLI. Decid pues, ¿qué ha sucedido?
MARQUESA. En el salon se bailaba
cuando de pronto un rumor
hizo suspender la danza.
MARCO. Pero ¿qué rumor es ese?
MARQUESA. Se dice que Marco Spada
está entre la concurrencia,
que en nuestros salones baila.
ANGELA. ¿Qué opinais vos, padre mio?
MARCO. Es en verdad mucha audacia.
PEPINELLI. Cuando digo que es capaz
de todo.
MARCO. (*A Angela.*) No temas Angela.
MARQUESA. Al saber esta noticia
yo corrí á participarla
á mi tio, mas no pude
llegar á entrar en su estancia,
porque al trasponer la puerta,
salió un ayuda de cámara,
diciéndome que su amo
en aquel momento estaba
interrogando á un incógnito
que de apresar acababan
entrando en nuestro palacio,
recatado con su capa,
que debia ser sin duda...
MARCO. Quién, marquesa?
MARQUESA. Marco Spada.
PEPINELLI. ¿Duda el Baron todavía (*A Marco.*)
como hace poco dudaba?
MARCO. Capitan, empiezo ya
á creer que me contabais
la verdad y que se encuentra
el buen Marco en esta casa.
UN CABALL. Diera mil libras por verle.
MARQUESA. Yo tambien lo deseaba
y venciendo mis temores...
MARCO. Le habeis visto?
MARQUESA. Sí.
MARCO. ¡Me extraña!

MARQUESA. Con pretexto de avisar
á mi tio, que empezaba
el baile, abrí con violencia
la puerta mal entornada.
Mi tio con gesto adusto
me despidió sin tardanza
dando un golpazo á la puerta,
con poco galante táctica,
pero no cerró tan pronto
que yo, que ya me esperaba
aquel arranque, no viese
á ese bandido la cara.
MARCO. Y ¿qué tal figura tiene?
PEPINELLI. ¿Cómo ha de ser? Endiablada.
Moreno, torvo, ceñudo,
de negra y espesa barba,
patizambo, chato, en fin,
como toda esa canalla.
MARCO. Es cierto... esa es la costumbre.
MARQUESA. A que ese bandido falta.
ANGELA. Cómo?
MARQUESA. Es gentil su presencia
penetrante su mirada,
altivo su continente
y sus maneras gallardas.
MARCO. Pues es el primer bandido
de apostura tan simpática.
PEPINELLI. Sí por cierto.
MARQUESA. En fin, señores,
el que con mi tio habla,
ese bandido, ese monstruo
que nuestros campos devasta,
es el que nos prestó auxilio
la otra noche, cuando en casa
del Baron nos atacaron
sus secuaces.
ANGELA. (*Aparte á Marco.*) (Dios me valga.
Federico!...)
MARCO. (*A Angela.*) (No, hija mía,
aquel hombre no es Spada.)
CABALLERO. (*A la Marquesa.*)
Y... ¿decís que os prestó auxilio?
MARQUESA. Si tal y mucho me extraña.

PEPINELLI. A mí no. Sus bandoleros
formaron tal vez la trama,
sin permiso de su jefe,
que á su vez tomó venganza
impidiendo el atentado;
y en prueba de mis palabras
recordad que todos ellos
escaparon sin tardanza,
tal vez por él avisados:
que sin duda Marco Spada,
no quiso que aquella broma,
de pura broma pasara.

ANGELA. (*A Marco.*)
(Yo que le adoraba, padre,
yo que entera le dí el alma,
hoy he de trocar en odio
y en desprecio mi esperanza.)

MARCO. (*Concentrado en sí mismo.*)
(¡Odio y desprecio! ¡Dios mio!
que no llegue á saber nada!)

ESCENA VI.

DICHOS.—El GOBERNADOR.—FEDERICO.

MARQUESA. Es él. (*Viendo al Gobernador y Federico.*)
PEPINELLI. Quién es él?
MARQUESA. Mi tio
dando el brazo á Marco Spada.
(*Todos se apartan con un movimiento instintivo de terror, mientras que el Gobernador y Federico que han aparecido por el foro, bajan á la escena.*)
TODOS. ¡Ah!
GOBERNAD. Señores, os presento
á mi sobrino, que á Italia
vuelve tras de largos años
de haber habitado en Francia.
MARQUESA. ¿Es posible?
PEPINELLI. (Soy perdido.)
ANGELA. (Vuelve á vivir, esperanza.)

MARCO. (*A Angela.*)
(¿No te lo dije, hija mia?)
GOBERNAD. Por coincidencias raras
al entrar en mi palacio
fué apresado por mi guardia
que creyó en su continente
conocer á Marco Spada.
MARQUESA. Yo tambien con mis sospechas
le ofendí.
MARCO. ¡Cosa mas rara!
GOBERNAD. (*A Federico.*)
Federico, la marquesa
de Sampietri.
FEDERICO. (*Saludándola.*) Prima!...
(*De pronto reparando en Angela.*)
(Angela.)
GOBERNAD. (*A la Marquesa.*)
Es tu primo Federico,
tu prometido.
PEPINELLI. (Mal haya!)
ANGELA. (*Yendo al lado de su padre que procura contenerla.*)
(¿Qué escucho?)
MARCO. (¡Su prometido!)
GOBERNAD. (*A todos.*)
Ya sabeis que su llegada
aguardábamos ansiosos
para la boda.
MARCO. (Venganza.)
PEPINELLI. (Lo dicho, como se casen
me pego un tiro mañana.)
FEDERICO. (Yo no puedo consentir
por mas tiempo.)
MARCO. (*A Angela.*) (Valor, Angela.)
FEDERICO. (*Como tomando una resolucion se acerca á Angela y la dice, mientras que Pepinelli habla calorosamente á la Marquesa que procura en vano contenerle, y los demás formando grupos hablando entre sí.*)
Señorita, espero que
la primera contradanza...
ANGELA. (*Interrumpiéndole con dignidad.*)
Estoy ya comprometida.

FEDERICO. (*Insistiendo.*)
La segunda?...
ANGELA. Estoy cansada
y no pienso bailar más.
Id que vuestra prima aguarda.
(*Federico se dirige á sentarse al lado de la Marquesa, como dominado por la fria severidad de la jóven. Angela se vuelve á Marco diciéndole:*)
Padre, vámonos de aquí.
MARCO. (*Como saliendo de una abstraccion profunda en que parece haberle sumido el descubrimiento del compromiso de Federico.*)
Vamos donde quieras, Angela.
(*A Pepinelli que se habrá acercado á Angela.*)
Capitan, hacedme la honra,
vos que conoceis la casa,
de mandar que mis criados
acerquen mi coche.
(*Viendo que Pepinelli parece manifestar asombro.*)
Angela
se encuentra indispuesta.
PEPINELLI. (*Con interés.*) Cómo?
MARCO. Os ruego no digais nada.
PEPINELLI. Bien. Justamente esa puerta
(*señala una de las de la izquierda.*)
casi al paso condenada
comunica con los patios
interiores de la casa.
Por ella haré que os avisen.
MARCO. Y abandonaré estas salas
por ella sin molestar
á nadie.
(*Pepinelli saluda y vase. El Gobernador que ha oido las últimas palabras de Marco se acerca á este. Pepinelli vuelve á poco y habla con Angela.*)
GOBERNAD. Cómo? Se trata
de dejarme ya, Baron?
MARGO. Sí, Principe.
(*Durante este diálogo hasta el final de la escena, Pepinelli habla con Angela, que le escucha distraida. Federico con la Marquesa, pero fijando notablemente su atencion en el diálogo de Angela y Pepinelli. Los demás formando grupos, hablan*

unos con otros, entran y salen y circulan paseando por el forillo.)

GOBERNAD. ¡Qué desgracia!
Yo queria que asistieseis
á la prision proyectada
de ese bandido.

MARCO. ¿De Marco?

GOBERNAD. Si tal, pues de eso se trata.

MARCO. Pues donde logreis prenderlo
allí estaré yo sin falta.

GOBERNAD. Debe haber venido al baile.

MARCO. ¿Tambien creeis en patrañas?

GOBERNAD. Solo la dificultad,
señor Baron, me arredraba,
de que nadie le conoce,
y como puebla mis salas,
tanta multitud de gentes
desconocidas...

MARCO. (*Con naturalidad.*) Se escapa
ese bribon, aunque venga,
á vuestra justicia y saña.

GOBERNAD. No tal, que dentro de poco
debe llegar á mi casa
un fraile de San Francisco
que conoce á Marco Spada,
porque estuvo prisionero
del bandido, en la montaña,
viviendo entre la partida
poco mas de una semana.

MARCO. ¡Bah!

GOBERNAD. Baron, no tengais duda.
Aquí está el fraile.

MARCO. (Calma.)

ESCENA VII.

Dichos.—FRAY BORROMEO que aparece por el foro derecha, con hábito blanco y una bolsa de cuestacion en la mano. El GOBERNADOR sale á su encuentro saludándole respetuosamente. Todas las personas que hay en escena se colocan formando grupos por ambos lados del teatro. MARCO SPADA con aire indiferente recorre estos grupos, esquivando siempre el encontrarse con las miradas del fraile, á quien todos saludan inclinándose.

Fray Borr. Nobles señores, la paz
de Dios sea en esta casa.
Gobernad. (*Bajo á Fray Borromeo.*)
Vuestra bolsa de limosnas
presentad á cuantos se hallan
en el salon y avisadme
si viseis á Marco Spada.
Fray Borr. Señores, la caridad
es obligacion sagrada,
en los que ricos nacieron,
para aliviar la desgracia
de los que viven privados
de las fortunas mundanas.
Mi religion necesita
para subsistir las dádivas
de corazones cristianos,
por eso vengo á esta casa
á pediros lo que os sobra
ya que á nosotros nos falta.
(*Va recorriendo los grupos de damas y caballeros que todos depositan sus ofrendas en la bolsa y fijándose en los semblantes de todos los convidados. Entretanto un criado que entra por el foro habla en voz baja á la Marquesa.*)
Un caball. Tomad.
Fray Borr. Que Dios os bendiga.
Una señ. Tomad, padre.
Fray Borr. Muchas gracias.
(*Bajo al Gobernador.*)

No está entre los convidados.
GOBERNAD. Miradlo bien.
FRAY BORR. No se halla.
MARQUESA. Señores, me han avisado
que la cena nos aguarda;
con que vayan los galanes
dando la mano á las damas
y concluida la cena
en tanto que se descansa
podrá proseguir el padre
la cuestacion empezada.
(*Marco Spada, á quien iba á dirigirse Fray Borromeo, da su mano á la Marquesa, y volviendo á aquel la espalda, sale con naturalidad por el foro. El Gobernador acompaña al fraile. Todos los caballeros dan la mano á las señoras y van saliendo por el foro. Angela se queda la última, y al ir á salir se encuentra con Federico que se la interpone, obligándola á bajar á la escena.*)

ESCENA VIII.

ANGELA.—FEDERICO.

FEDERICO. Angela, no huyais de mí.
ANGELA. (*Con altivez.*)
Caballero!...
FEDERICO. (*Interrumpiéndola.*)
Os he de hablar.
¿Os negareis á escuchar?
ANGELA. (*Con entereza.*)
Me niego á escucharos, sí.
(*Variando de tono despues de un momento de pausa.*)
La Marquesa, caballero,
vuestra ausencia extrañará
y acaso sospechará
de ese amor tan verdadero.
FEDERICO. Angela, oidme por Dios.
ANGELA. Esteis ó no enamorado,

ya que á mí me habeis burlado,
no nos burleis á las dos.

FEDERICO. Yo os juro...

ANGELA. No lo consiento.

FEDERICO. Que os amo desde que os ví.

ANGELA. Mas para llegar á mí
hollais otro juramento;
y augurara siempre mal
del que se viera obligado,
para ser con una honrado
con otra á ser desleal.

FEDERICO. Escuchadme.

ANGELA. Es desvarío...
Tranquilo podeis estar,
vuestro amor no he de estorbar.

FEDERICO. Es que solo el vuestro ansío.
—Cuando mi prima enviudó
mi tio por consolarla,
quiso al momento casarla,
y su mano me ofreció.
Yo lejos de aquí vivia,
el mensaje recibí
y á complacerle accedí.
—Perdonad, no os conocia.—
A Roma sin dilacion
mi viaje comencé...
Ya sabeis como os hallé
y os rendí mi corazon.
Y si el viaje seguí
y hasta esta casa he llegado,
es porque como hombre honrado
deseo portarme aquí.
Vuestro amor mi dicha labra,
me liga aquí una promesa,
y vengo de la marquesa
á recoger mi palabra.

ANGELA. ¿Es cierto lo que decís?

FEDERICO. ¿Podeis dudarlo?

ANGELA. (*Con exaltacion.*) No quiero.
Quisiera morir primero
que suponer que mentís.

FEDERICO. ¿Luego me amais?

ANGELA. ¿Cómo no

si el amaros es mi vida?
FEDERICO. Y tambien en vos querida,
encuentro mi vida yo.
ANGELA. ¡Mi padre!

ESCENA IX.

DICHOS.—MARCO SPADA y GERONIO con tres de los bandidos disfrazados de lacayos que vienen por el foro izquierda. Marco Spada va como dando una órden á Geronio y conduciéndolos á la puerta de la izquierda.

MARCO. (*A Geronio.*) Aguardad ahí
un momento y en oyendo
que doy una voz...
GERONIO. Comprendo.
MARCO. Hija, vámonos de aquí.
(*A Angela como sin reparar en la presencia de Federico.*)
ANGELA. Padre, os ruego. (*Bajo á Marco.*)
MARCO. ¡Por mi nombre!
(*bajo á Angela.*)
¿no dijiste poco há?
ANGELA. No quiero marcharme ya.
MARCO. ¿Y ese hombre? (*Por Federico.*)
ANGELA. Por ese hombre.
FEDERICO. (*Que habrá permanecido algo apartado, dice acercándose á Marco Spada.*)
Baron, que escucheis os ruego.
MARCO. Hablad. (No sé qué colija.)
FEDERICO. La mano de vuestra hija
os demando.
MARCO. Yo os la niego.
ANGELA. ¡Padre!.. ¿Eso podeis decir?...
MARCO. Creed...
ANGELA. (Adios ilusiones.)
FEDERICO. ¿Mas qué causa?
MARCO. Son razones
que ella sólo puede oir.
(*Viendo que Federico y Angela tratan de insistir.*)
Ruego que no se me arguya.

FEDERICO. Os dejo.
MARCO. Lo estimaré.
FEDERICO. Mas á veros volveré
antes que el baile concluya.
(*Federico sale por el foro, Angela queda consternada.*)

ESCENA X.

ANGELA.—MARCO SPADA.

ANGELA. Padre, permitid que aguarde...
MARCO. Hija, es preciso partir.
(*Como saliendo de la abstraccion en que ha quedado á consecuencia de la escena anterior.*)
ANGELA. Pero...
MARCO. O me verás morir.
ANGELA. Vámonos pronto. (*Con agitacion.*)
MARCO. (*Viendo á Fray Borromeo que aparece por el foro, dice con frialdad.*)
Ya es tarde.

ESCENA XI.

DICHOS.—FRAY BORROMEO.

FRAY BORR. Excelente cuestacion.
(*Reparando en Marco Spada.*)
Mas... ¿quién aquel caballero
será?... Presentarle quiero
mi bolsa. (*Baja á la escena.*)
ANGELA. (Qué agitacion.)
FRAY BORR. Caballero... (*Acercándose.*)
MARCO. (Mentecato.)
FRAY BORR. La caridad es sagrada...
(*Levantando la cabeza que habrá tenido inclinada y reconociendo á Marco, retrocede exclamando.*)
Mas... ¿qué veo?.. ¡Marco Spada!

ANGELA. ¡Ah! (*Cae desmayada en uno de los divanes que adornan la estancia.*)

MARCO. Como chistes te mato.
(*Que habrá sacado un puñal, amenaza al fraile, diciendo con frialdad.*)
Yo soy Marco Spada. Es fija
tu memoria.

FRAY BORR. Perdon.
(*Cediendo al terror que le inspira el ademan de Marco Spada, va retrocediendo hasta la puerta de la izquierda, en la que deben aparecer Geronio y sus tres compañeros cuando se indique.*)

MARCO. Yo
quien tu vida perdonó.

FRAY BORR. Yo...

MARCO. (*Interrumpiéndole con ademan amenazador.*)
Tú me has muerto á mi hija.

FRAY BORR. Que no me mateis os ruego.

MARCO. (*Como asaltado por una nueva idea.*)
Accedo y es cosa extraña.
(*Llamando aunque sin levantar mucho la voz si bien en tono imperativo.*)
¡Geronio!

GERONIO. (*Que aparece por la puerta de la izquierda seguido de sus compañeros.*)
¿Qué?

MARCO. A la montaña,
(*señalando á Fray Borromeo*)
y si chista, hacedle fuego.
(*Los bandidos que conservan su traje de lacayos se llevan al fraile por la puerta de la izquierda, que cierran en seguida. Marco Spada se dirige á socorrer á Angela que continúa desmayada.*)

ESCENA XII.

ANGELA.—MARCO SPADA.

MARCO. Angela, hija, hija mia.

ANGELA. ¡Ah! ¿dónde estoy? (*Volviendo de su letargo.*)

MARCO. En mis brazos.

ANGELA. ¡Padre! (*Abrazándole.*)
MARCO. (Me rompe en pedazos
el corazon, su agonía.)
ANGELA. He tenido un sueño horrible.
Soñé que vos...
MARCO. (Qué ansiedad.)
Has soñado la verdad.
ANGELA. ¿Vos criminal? No es posible.
MARCO. Sí, por mucho que me aflija
el confesarlo.
ANGELA. No, no.
MARCO. Ese bandido soy yo.
ANGELA. ¿Marco Spada?
MARCO. Yo soy, hija.
Si te he ocultado hasta aquí
mi nombre, es porque te via
feliz y honrada, y temia
te avergonzaras de mí.
ANGELA. Padre, callad.
MARCO. Si tortura
esa vida tu altivez,
hazme apurar de una vez
la copa de la amargura.
Yo de tu lado huiré,
tú serás rica.
ANGELA. Callad.
MARCO. Y de tu felicidad
yo la mia hacer sabré.
Viviré en extraña tierra
do nadie sabrá de mí,
y se olvidarán aquí
de mi ilegítima guerra.
Allí yo envejeceré,
solo, triste, desvalido,
y en Dios á quien he ofendido
mi solo amparo hallaré.
Y cuando un pesar taladre
tu corazon satisfecho,
y su latido en tu pecho
te diga: «Ha muerto tu padre,»
tú venturosa y honrada
recordarás este dia,
y aunque en secreto, hija mia,

llorarás por Marco Spada.

ANGELA. Cese esa idea cruel,
que ya raya en desvarío.
Vuestro deshonor es mio,
y yo no renuncio á él:
desechad males prolijos.

MARCO. Piensa en tu dicha, en tu madre.

ANGELA. Hasta el deshonor de un padre
presta nobleza á sus hijos.
Vos os llamais Marco Spada,
y yo, aunque el mundo se asombre,
quiero llevar vuestro nombre
con la frente levantada.
No temo el baldon, ni el dolo.

MARCO. Sin él puedes ser dichosa.

ANGELA. Yo le llevaré orgullosa,
por ser de mi padre sólo.

MARCO. Ve que algun dia quizás
tu abnegacion te atormente...
Piensa...

ANGELA. Nadie se arrepiente
de ser buen hijo, jamás.

MARCO. ¡Ah! gracias, Dios de bondad!

ANGELA. A partir con vos me ofrezco
vuestra suerte.

MARCO. No merezco
yo tanta felicidad.
Hija, recuerda tu amor.

ANGELA. Sólo pienso en mi deber.

MARCO. Eres jóven y mujer.

ANGELA. Soy vuestra hija, señor.

MARCO. Ese noble sacrificio
no puedo rehusar más.
(*Arrojándose en los brazos de Angela.*)
Hija, tú me sacarás
de los abismos del vicio.

ESCENA XIII.

DICHOS.—FEDERICO.

FEDERICO. (*A Marco.*) Señor baron, vengo aquí,
á riesgo de parecer
molesto, para saber
si habeis ya resuelto...
MARCO. Sí.
He resuelto que ella sea
quien de su suerte decida,
que su dicha es de mi vida
la sola invariable idea.
ANGELA. (Entre mi padre y mi amor,
¿cómo podré resolver?)
MARCO. Lo que ella quiera ha de ser...
(y calme dios mi dolor.)
FEDERICO. De amor la dais clara muestra. (*A Angela.*)
De vos mi dicha reclamo.
Vos...
ANGELA. (*Haciendo un violento esfuerzo.*)
Yo juro á Dios que os amo,
pero no puedo ser vuestra.
FEDERIGO. Qué decís!... Mi vida trunca
esa frase.
MARCO. (*Con satisfaccion.*) (Me prefiere.)
FEDERICO. Mas permitireis que espere
que algun dia...
ANGELA. Nunca, nunca.
Olvidadme.
FEDERICO. No sabré.
ANGELA. Otro amor más venturoso,
quizás os haga dichoso.
FEDERICO. (*Con altivez como ofendido por las palabras de Angela.*)
Es verdad. Lo buscaré.
Ya con nuevo ardor me inflamo,
pues vos no sabeis amar.
ANGELA. (*Que apenas puede contener el llanto, dice aparte*

con desesperacion al oir las palabras de Federico.)
(¡Me está matando el pesar
y dice que no le amo!)

ESCENA XIV.

DICHOS.—LA MARQUESA.—EL GOBERNADOR.—PEPINELLI.—Damas y caballeros.

GOBERNAD. Marchóse ya el padre?
MARCO. (*Con naturalidad.*) Sí.
GOBERNAD. (Sin dármelo á conocer.)
MARCO. Nada tenia que hacer
ya, y ausentóse de aquí.
(*Desde el principio de la escena Federico haciendo un violento esfuerzo se ha dirigido á la Marquesa, con la que sostiene una conversacion animada, que Angela observa procurando dominar su agitacion.*)
MARQUESA. (*Como terminando su conversacion con Federico.*)
Con tu amor seré dichosa.
FEDERICO. (*Volviéndose á la concurrencia.*)
Mi prima, nobles señores,
quiere premiar mis amores
siendo mañana mi esposa.
GOBERNAD. ¡Qué escucho, me dais placer!
(*Todos se agrupan en el centro de la escena como para felicitar á los novios y al Gobernador. Pepinelli queda á la derecha, y Angela y Marco Spada á la izquierda, todos separados del grupo general. El capitan debe manifestar despecho. Marco Spada queda abstraido y Angela poseida del mayor estupor, como si no comprendiese lo que pasaba.*)
PEPINELLI. A punto estoy de rabiar.
ANGELA. (*Saliendo de su estupor, se arroja en brazos de su padre con un grito comprimido en que nadie repara.*) ¡Ah!
MARCO. (Yo lo sabré estorbar.)
FEDERICO. (*Que se esfuerza por aparecer alegre.*)

Mañana mismo ha de ser.

GOBERNAD. En mi quinta vuestro amor
verá sus votos colmados.

FEDERICO. Todos estais convidados.

MARCO. (*A Angela.*)
Valor, Angela, valor.
(*Marco Spada se dirige hácia el foro sosteniendo á su hija, que le obedece como un autómata. Los convidados ocupados en felicitar al Gobernador y á sus sobrinos, que no se ocupan mas que de sí mismos, no reparan en ellos.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

El teatro representa un lugar agreste en las inmediaciones de Roma. En el fondo se ve una montaña practicable, en la que se observarán algunos centinelas con carabinas, que permanecerán hasta el final del acto. A la derecha se supondrá una ermita, y á la izquierda la entrada de una gruta. Al levantarse el telon, Geronio y otros bandidos aparecen sentados en el suelo, jugando á los dados, bebiendo y fumando. Se procurará dar á toda la decoracion un aspecto silvestre. Es de dia.

ESCENA PRIMERA.

GERONIO.—BANDIDOS.

BAND. 1.° Acabóse la funcion.
BAND. 2.° Cómo?
BAND. 1.° Se acabó el dinero.
GERONIO. Como siempre que tú juegas.
BAND. 1.° En verdad que siempre pierdo:
tengo la suerte mas mala!
GERONIO. Pues desgraciado en el juego,
ya sabes...
BAND. 1.° En mí el refran,
Geronio, no es verdadero.
No hay muchacha que me quiera
en todo el mundo; por eso
pensé en hacerme cartujo...
GERONIO. Y te hiciste bandolero?
BAND. 1.° Qué quieres? La vocacion;
yo he nacido para esto.
Vivir bien, no trabajar,

tener sobrado el dinero,
que otros sudando reunen
y yo me llevo riendo
y luego...

GERONIO. Morir ahorcado.

BAND. 1.° Es morir en alto puesto,
y entre médico ó verdugo,
que me envie á los infiernos
tanto se me da del uno
como del otro...

BAND. 2.° Bien hecho...
al cabo todo es morir.

BAND. 1.° Mi padre fué bandolero
y lo ahorcaron; mi hermano
murió manejando un remo
en las galeras de España;
mi abuelo murió lo mesmo.
Solo yo entre la familia
me estaba en Roma muy quieto;
pero al fin dije, me voy
á la montaña, que debo
honrar el nombre glorioso
de mi padre y de mi abuelo,
que fueron los dos bandidos
mas celebrados del reino:
me alisté con Marco Spada,
y aquí me teneis contento
de la buena compañía
y del excelente sueldo.

GERONIO. Bien dicho. Yo te aseguro
que con buen comportamiento,
no te faltarán aquí,
amor, lances, ni dinero;
y si deseas morir
como tu padre, por cierto
Marco te dará ocasiones
en que perder el pellejo,
que no hay cosa mas de sobra
en la vida que traemos.
Yo... aquí donde tú me ves,
era un honrado labriego,
que me moria de hambre
con mi honradez y mi genio.

Mi madre, vendia en Roma
frutas y flores; mas esto
ni aun para vestir la daba,
pero yo estaba contento.
Un dia la pobre vieja,
tuvo yo no sé qué enredo,
con un gendarme romano
que la derribó su puesto...
Yo estaba cerca y lo vi
y sin decir «ahí vá eso,»
de un palo tendí al gendarme,
ignoro si herido ó muerto.
Sus camaradas, al punto
para prenderme acudieron,
despreciando de mi madre
las súplicas y lamentos...
Yo enarbolé mi garrote,
principié á sacudir recio,
y como que soy tan bruto
tiré otros dos por el suelo.
Acudieron tres ó cuatro,
y ya iban á hacerme preso,
cuando de entre los curiosos
que el combate estaban viendo,
sale un hombre vigoroso,
alto, fornido y moreno,
que empieza á repartir leña
que era una delicia verlo.
El pueblo, que siempre está
contra los gendarmes presto,
principió á tirar pedradas,
con buen tino y con denuedo,
y los gendarmes al cabo,
fiaron de su pellejo
la salvacion á sus piernas,
y á mas y mejor, huyeron.

TODOS. Ja, ja, ja!...

GERONIO. Mas lo mejor,
falta, señores, del cuento.
Mi defensor á quien yo
iba á agradecer el hecho
me dijo. — Oye camarada
si quieres salvar el cuerpo,

no dilates mas la fuga,
que pronto vendrá un refuerzo
de gendarmes, y no fies
en que te defienda el pueblo.
Yo, despues de meditarlo,
encontré bueno el consejo
y me dispúse á seguirlo
de la capital huyendo.
Mi camarada, sin duda
de mi valor satisfecho,
me dijo: — Vente conmigo,
y si me sirves, mancebo,
como supongo, no dudes
que jamás, en ningun tiempo
faltará pan á tu madre,
ni á tí lances, ni dinero.

BAND. 1.° Y era Marco Spada?

GERONIO. El mismo,
que ha cumplido bien por cierto
aquella formal promesa,
pues gracias á su dinero,
mi madre murió tranquila,
en blando y mullido lecho,
y tuvo médico y cura
que la prestasen consuelo.
Y desde entonces, amigos,
no hay límites en mi afecto
para Marco, soy su esclavo,
soy su defensor, su perro.
Si me manda callar, callo;
si manda hablar, obedezco;
mato, si matar ordena;
si quiere que muera, muero;
que estoy triste, si está triste,
y alegre si está contento.

TODOS. Bravo.

GERONIO. El es mi voluntad,
yo soy su brazo derecho.

BAND. 1.° Mas silencio que aquí viene.

GERONIO Eh! Cada, cual á su puesto.
(*Salen en varias direcciones.*)

ESCENA II.

MARCO SPADA.—GERONIO.

MARCO. Hola!... Geronio.
GERONIO. Mandad.
MARCO. ¿Ha ocurrido algun suceso
que merezca ser sabido?
GERONIO. No señor.
MARCO. Mucho me alegro,
pues no tengo la cabeza
para ocuparme...
GERONIO. Lo siento!
Estais malo?
MARCO. Yo, no tal.
GERONIO. Mi capitan? (*Suplicante.*)
MARCO. (*Con sequedad.*) Estoy bueno.
¿Y Scanda?
GERONIO. Libre marchó
como mandasteis. Por cierto
que ha sido la vez primera
que he sentido obedeceros;
dejar libre al que ha vendido
á su jefe, no es bien hecho.
MARCO. Qué sabes tú?
GERONIO. Decís bien.
MARCO. El enmendará sus yerros
entregándonos hoy mismo
á nuestros contrarios.
GERONIO. Bueno.
MARCO. Y así no hay que murmurar.
GERONIO. Habiéndolo vos dispuesto,
no puede estar mal pensado.
MARCO. Hora vete.
GERONIO. Ya me alejo.
MARCO. (*Viendo que Geronio se detiene.*)
Quiero estar solo.
GERONIO. Pues voime.

MARCO. (*Como arrepentido de la dureza con que ha hablado á Geronio.*)
Adios, Geronio.

GERONIO. Hasta luego.

ESCENA III.

MARCO SPADA, solo.

Dios mio, qué agitacion,
siento en el cobarde pecho
que ya creí endurecido
y hoy tierno y débil encuentro!
¿Es que el peligro me aterra?
¿Que á la muerte tengo miedo?
No, yo la he desafiado
siempre atrevido y sereno...
Es que tengo aquí á mi hija,
es que su ventura juego,
y al pensar en su ventura,
dudo, me acobardo y tiemblo.
Dios mio, sé con un padre
clemente, no justiciero...
Tú que castigas al malo,
que recompensas al bueno,
aparta de mi cabeza
ese rayo, que sospecho
que me tienes reservado,
para castigar mis yerros,
y ve que va á herir á un ángel,
al herir al bandolero.

ESCENA IV.

Dicho.—ANGELA por la izquierda. [1]

ANGELA. (*Abrazando á Marco Spada.*)
Padre!
MARCO. Hija mia, ¿tú aquí?
¿Y en ese traje?
ANGELA. Si tal.
¿Creeis que me sienta mal?
MARCO. Nunca tan bella te ví.
ANGELA. En tal caso ..
MARCO. No por Dios,
sé lo que vas á decir
y no puedo consentir
ese sacrificio.
ANGELA. Vos?
MARCO. Mi condicion te oculté,
en el lujo te mecí,
de tu sonrisa viví
y sólo por tí temblé.
¿Y has podido imaginar
un solo instante siquiera,
que tu padre consintiera
verte sufrir y llorar?
ANGELA. Llorar, padre? Es aprension.
MARCO. No, lo que haciéndome agravio,
me oculta tu amante labio,
me lo dice el corazon.
Tú lloras, hija, por él,
por él á quien amas ciega.
ANGELA. Padre!...
MARCO. Ese grito te entrega.
ANGELA. Es verdad, padre.
MARCO. Cruel!...
¿Y me has querido ocultar
lo que padece tu pecho,
usurpándome el derecho

---

[1] Vestida de aldeana romana.

de compartir tu pesar?
¿Conque le amas?

ANGELA. Le amo, sí,
con amor puro y sincero;
por él, padre mio, muero,
puesto que por él vivi.

MARCO. No por Dios, no morirás.

ANGELA. Qué quereis decir?

MARCO. Que yo
no quiero que mueras, no,
y á la fuerza vivirás.

ANGELA. Vida sin amor...

MARCO. No es vida.

ANGELA. Vida con dolor...

MARCO. Es muerte,
por eso yo quiero verte,
feliz, amante y querida.
Mañana abandonaré
esta existencia azarosa,
y léjos de Italia, hermosa,
contigo me fugaré.
El creerá que es el baron
de Tórrida el que ha marchado,
y mi secreto guardado
quedará en mi corazon.
Pronto le haremos saber
dónde nos puede encontrar,
y allí nos vendrá á buscar,
y dichosos podreis ser.
Y yo en eterna oracion
pasaré la noche y dia,
y de mi vida, hija mia,
á Dios pediré perdon.
Y de mis yerros prolijos
me creeré purificado,
al mirarme rodeado
por los hijos de mis hijos.

ANGELA. ¡Ah! padre, que esa ilusion
que presta consuelo al alma,
no puede volver la calma
á mi triste corazon.

MARCO. Angela!

ANGELA. ¿Habeis olvidado

que hoy debe casarse?

MARCO. No.
Mas para impedirlo yo,
ya mis órdenes he dado.

ANGELA. Impedir su boda?

MARCO. Sí.

ANGELA. Pero... cómo?...

MARCO. Es lo de menos.
Todos los medios son buenos,
si te hacen dichosa á tí.
Y yo respondo que hoy,
pues te causa sentimiento,
impido ese casamiento,
ó dejo de ser quien soy.

ANGELA. Y aunque logreis estorbar
la anunciada boda.

MARCO. Qué?

ANGELA. Yo nunca conseguiré
hacer que me vuelva amar.

MARCO. Nunca ha reinado en su pecho
con más fuerza su pasion;
que aquella resolucion
solo la dictó el despecho:
y ó no entiendo del rigor
de los amantes desvelos,
ó aquel despecho eran celos,
y no hay celos sin amor.
Mas llegan... Vete de aquí.

ANGELA. Adios, padre! (*Llorando.*)

MARCO. Esa afliccion,
modere tu corazon.

ANGELA. ¡Ay, padre!

MARCO. Confia en mí.

(*Marco Spada acompaña á Angela hasta la entrada del subterráneo, por donde desaparece esta.*)

ESCENA V.

MARCO SPADA.—PEPINELLI.—GERONIO y algunos bandidos que traen prisionero al capitan.

PEPINELLI. Yo soy Pepinelli, sí:
fusiladme.
MARCO. (*Acercándose á él.*) Tal desman,
creo que nunca osarán.
PEPINELLI. Qué veo? El Baron aquí?
(*Pepinelli y Marco Spada se adelantan al primer término. Geronio y los bandidos quedan en segundo.*)
MARCO. De mi suerte los rigores
me tratan con ceño fiero.
PEPINELLI. ¿Estais tambien prisionero
de estos... ilustres señores?
MARCO. Sí... Fuí al sitio convenido.
PEPINELLI. Recibí vuestro recado,
y á él tambien me he trasladado
á prender á ese bandido.
Fueron vuestros datos buenos,
pues Marco Spada llegó...
MARCO. (*Interrumpiéndole con naturalidad.*)
Al mismo tiempo que yo.
PEPINELLI. Mas se trocaron los frenos,
pues sus fieles bandoleros
en gran número llegaron,
y á los mios obligaron
á rendirse prisioneros.
En fin, en vez de prender,
me encontré yo preso.
MARCO. Y yo.
PEPINELLI. Y aquí se me encaminó.
MARCO. Y á mí. Mas no hay que temer.
PEPINELLI. Ese caballero. (*Por Geronio.*)
MARCO. Qué?
PEPINELLI. Me ha dicho que á mis dragones
tiene de Marco instrucciones
para fusilar.
MARCO. Lo sé.

PEPINELLI. Ya veis que si ese truhan
cumple, me pone en apuro.
MARCO. Sí, que no estais muy seguro,
siendo vos el capitan.
PEPINELLI. Iba á hacer mi dimision,
cuando me dijo el cruel,
que puedo salvar la piel
cumpliendo una condicion.
MARCO. Lo mismo me dijo á mí,
por lo que hace á mi persona.
PEPINELLI. ¿Tambien la vida os abona
bajo condiciones?
MARCO. Sí.
PEPINELLI. Es que la que á mí me impone
es absurda por demás.
MARCO. Ridícula es nada más
la que á mí se me propone.
PEPINELLI. Dice que me he de casar
hoy mismo, si vivir quiero.
MARCO. Un ladron casamentero!
Qué cosa más singular!
PEPINELLI. A vos os casa tambien?
MARCO. No, yo con ménos le obligo.
PEPINELLI. Qué os ordena?
MARCO. Ser testigo
de un casamiento.
PEPINELLI. Muy bien!
Quizás del mio?
MARCO. Quizás.
PEPINELLI. Y vos?
MARCO. Accedo al capricho.
Vos, capitan, qué habeis dicho?
PEPINELLI. Aun no he decidido.
MARCO. Mas
optais por la boda?
PEPINELLI. No.
MARCO. Por ser fusilado?
PEPINELLI. Ménos.
MARCO. Por?...
PEPINELLI. ¡Confúndanme mil truenos,
si sé lo que quiero yo!
Yo no me quiero casar.
MARCO. Bien, pues quedaos soltero.

PEPINELLI. Pero es que tampoco quiero
dejarme aquí fusilar.
MARCO. No hay remedio.
PEPINELLI. Buena es esa!
MARCO. Vuestra posicion me agobia.
GERONIO. (*Adelantándose al capitan é indicándole con una seña á la Marquesa que baja por la montaña conducida por dos bandidos.*)
Ahí teneis á vuestra novia.
PEPINELLI. La Marquesa!...
MARCO. La Marquesa!

ESCENA VI.

DICHOS.—LA MARQUESA.

UN BAND. (*A la Marquesa que se apoya en él.*)
Vamos, ánimo, señora,
que la gente de la banda,
no son ningunos hurones
que coman á las muchachas.
MARQUESA. Ah!... ¿mas qué veo? Baron?...
(*A Pepinelli.*)
Y vos entre esta canalla?
PEPINELLI. (*Bajo á la Marquesa.*)
Marquesa, sed mas prudente,
y ved que vuestras palabras
á todos los que aquí estamos
nos pueden costar muy caras.
MARQUESA. Pero explicadme.
MARCO. Aquí estamos
hace ya dos horas largas,
prisioneros de la gente
del capitan Marco Spada.
GERONIO. (*A la Marquesa.*)
Que ha dispuesto deis la mano
á este jóven sin tardanza,
ó de lo contrario yo
lo pasaré por las armas.
PEPINELLI. Ya veis, Marquesa, la suerte
en medio de mi desgracia,

favorecerme se digna
en mis amorosas ánsias.

MARQUESA. Pero esto es atroz, horrible.
Yo debiera estar casada
á estas horas con mi primo.

GERONIO. Así el capitan lo manda.

PEPINELLI. Marquesa! (*Suplicante.*)

MARQUESA. Pero, qué objeto?

MARCO. Caprichos de Marco Spada.

MARQUESA. Yo quiero ver á ese hombre.

GERONIO. Ha marchado esta mañana
y no volverá en tres dias,
segun dijo á la montaña.

MARQUESA. Dios mio!

GERONIO. En su ausencia yo,
soy el jefe de la banda.
(*A Pepinelli.*)
Con que casarse ó morirse.

PEPINELLI. Marquesa!...

MARQUESA. Esto es una infamia
y no cedo.

GERONIO. (*Haciendo ademan de llevarse á Pepinelli.*)
Pues andando.

PEPINELLI. Pero... (*Insistiendo.*)

MARQUESA. Yo estoy resignada.

PEPINELLI. Sí, pero á vos no os fusilan
y á mí sí, pensad ¡caramba!
que eso es una crueldad,
no es él, sois vos quien me mata.
Y morir por no casarse,
con la mujer á quien se ama,
es la muerte mas terrible
que imaginó la desgracia.

MARCO. Vamos, señora Marquesa,
complaced á Marco Spada.

MARQUESA. Si al menos pudiera verle.

MARCO. Yo le he visto esta mañana.

MARQUESA. Al bandido?

MARCO. Sí por cierto
(*llevándosela aparte*)
y me ha leido unas cartas
que dice han interceptado
hace poco esos canallas.

MARQUESA. Unas cartas?
MARCO. Dirigidas
por vos há pocas semanas
á un oficial... Frascolino
me parece que se llama.
Todas tienen vuestra firma.
MARQUESA. Acabad.
MARCO. Y Marco Spada
que me las ha dado todas
para que yo me enterara
de su contenido, dice,
que sin la menor tardanza
las mandara á vuestro primo
si no os casais.
MARQUESA. Mas qué trama?...
MARCO. Horrible, señora, horrible.
Y por cierto que las cartas
están bien escritas!... Yo
por muy feliz me contara,
con poseer un amor,
como el que en ellas pintabais.
Yo siento ser mensagero
de nuevas que os desagradan,
pero aquí es nuestro señor
y hay que obedecerle.
MARQUESA. Basta.
GERONIO. (*A Pepinelli.*)
Con que vamos, capitan,
ánimo.
PEPINELLI. (*A la Marquesa.*) Ved qué!...
MARCO. (*Bajo á la Marquesa.*) Las cartas.
GERONIO. La mano ó la vida.
MARQUESA. Pero...
MARCO. Decidios.
MARQUESA. (*Despues de un momento, alargando la mano á Pepinelli.*)
Tomad.
PEPINELLI. (*Con expansion.*) Gracias.
(*A Geronio.*)
Pero... ¿dónde nos casamos?
GERONIO. Tenemos en la montaña
nuestra capilla.
PEPINELLI. Está bien,

Y decidme ¿quién nos casa?
GERONIO. Fray Borromeo á quien ya
conoceis.
PEPINELLI. Pues nada falta.
MARCO. Es admirable.
PEPINELLI. Es un hombre
de talento Marco Spada.

ESCENA VII.

DICHOS.—FRAY BORROMEO que aparece acompañado de uno de los bandidos.

GERONIO. (*Adelantándose al fraile.*)
Ya sabeis, padre, á los novios
no habeis de decir palabra,
pues conviene no conozcan
al capitan Marco Spada.
FRAY BORR. Callaré.
GERONIO. Pobre de vos
si una frase, una mirada
que lo dé á reconocer
por desdicha se os escapa.
FRAY BORR. No temais.
GERONIO. (*Alto.*) A la capilla
y á casarlos sin tardanza.
FRAY BORR. Protesto que es á la fuerza.
GERONIO. Andad y menos palabras.
(*A la Marquesa y á Pepinelli.*)
Señores, marchad delante. (*A los bandidos*)
Acompañadlos.
MARCO. (*Disponiéndose á marchar.*)
En marcha.
GERONIO. Vos quedaos. (*A Marco.*)
MARCO. Pues me quedo.
GERONIO. Estos de testigos bastan.
(*Vanse todos por la montaña.*)

ESCENA VIII.

MARCO SPADA.—GERONIO.

GERONIO. Capitan, tengo que hablaros.
MARCO. Buen Geronio ¿qué te pasa?
GERONIO. El Gobernador de Roma,
tiene ya noticia exacta
del robo de la Marquesa,
y tambien de la emboscada
que al capitan Pepinelli
nos entregó esta mañana.
MARCO. No era cosa, buen Geronio,
para quedar ignorada.
GERONIO. Es que con varias partidas
ha ocupado la montaña.
MARCO. Tanto mejor.
GERONIO. Y sus fuerzas
resueltas y bien armadas,
son en número tan grande
que no podrá nuestra banda
resistirlas.
MARCO. Pues entonces
tanto peor.
GERONIO. Y aquí avanzan
guiados por el diablo,
que acaso los acompaña
bajo la forma y vestido
del vil y traidor Scanda.
MARCO. ¿Y están cerca?
GERONIO. Casi, casi
están ya á tiro de bala.
MARCO. Pues entonces, fuego al fuego.
Vé á reunirte á la banda.
En cuanto acabe la boda
á los novios sin tardanza
pon en libertad. Te vienes
con nuestra gente mas brava,
y defendiendo á mi hija
muere aquí si es que hace falta,

que yo voy á disponerlo
todo para la batalla.

GERONIO. Está bien.

MARCO. Oye, en mi ausencia,
ya sabes que mi hija manda.

GERONIO. Obedeceremos todos
á cuanto ordenar la plazca.
(*Vase Geronio por donde se fué la comitiva.*)

ESCENA IX.

MARCO SPADA.—ANGELA.

ANGELA. (*Deteniendo á Marco Spada que va á subir la montaña.*)
¿Que es eso? ¿Os vais padre mio?

MARCO. Vuelvo pronto. (*Preocupado.*)

ANGELA. Mas ¿qué os pasa?

MARCO. Nada.
(*De pronto llevándola á un lado de la escena y señalándola en la montaña el punto en que se supone debe verificarse el casamiento de Pepinelli y la Marquesa.*) Mira.

ANGELA. ¿Qué es aquello?

MARCO. En este momento, casan
al capitan Pepinelli
con la Marquesa su amada.
Ya está libre Federico.

ANGELA. ¡Padre mio! ¡Gracias! ¡Gracias!

MARCO. Mañana huyendo estos riesgos
abandonamos la Italia... (*De pronto.*)
Adios, hija. (Quiera Dios
darme vida hasta mañana.)
(*Sube por la montaña.*)

ESCENA X.

ANGELA, sola.

¡Huir del riesgo! ¡Vivir
feliz, amante y querida!
Dentro del pecho sentir
á la ilusion de mi vida,
tranquilamente latir!
La existencia asegurada
ver del padre por quien lloro
y ser para siempre amada,
por el hombre á quien adoro,
y mirarme en su mirada! (*Dirigiéndose al cielo.*)
Si es esto del corazon
una vana fantasía,
no desgarreis la ficcion
que consuela el alma mia.
¡Es tan bella una ilusion!
Permitid que en mi tormento,
esas dichas seductoras
goce siquiera un momento,
que acorte las largas horas
que consume el sufrimiento.
(*Pausa. Oyense á lo lejos algunos tiros y toques de clarin, que con algunos intervalos se repiten hasta la escena última.*)
Mas ¿qué es esto? Oigo tronar
el fuego, y en los confines
de ese bosque secular,
escucho de los clarines
el metálico sonar. (*Pausa.*)
Sí. ¡No es loco desvarío!
¡Se baten! Dios poderoso,
solamente en tí confio.
Y siguen... Y no hay reposo...
¿Y mi padre?.. ¡Padre mio!
(*Sube por la montaña hácia la izquierda, al llegar á cierta altura la faltan las fuerzas y cae desmayada, al mismo tiempo entran por la iz-*

quierda el Gobernador y Federico á quienes traen desarmados y presos, Geronio y algunos de sus compañeros.)

ESCENA XI.

ANGELA.—GOBERNADOR.—FEDERICO.—GERONIO. Bandidos.

GERONIO. No os librareis de la muerte.
GOBERNAD. No creais que la tememos.
FEDERICO. Nuestra sangre será el rastro
que conduzca á vuestro encuentro
á los soldados.
GERONIO. Corriente,
ya sé que por fin caeremos
entre sus uñas, y pueden
ahorcarnos, mas por eso
queremos, ya de morir,
morir vengados al ménos.
GOBERNAD. Pues herid y no tembleis.
(*Geronio y sus compañeros sacan sus puñales y vacilan antes de herir.*)
FEDERICO. No vacilen los aceros,
herid, si podeis, cobardes.
GERONIO ¡Mueran!
TODOS. ¡Mueran!
ANGELA. (*Que pocos momentos antes ha logrado levantarse mira en torno suyo como sin saber lo que la sucede, se fija en el grupo que hay en el centro de la escena y grita dejando inmóviles á los bandidos.*)
Deteneos. (*Baja á la escena.*)
GERONIO. Deben morir, porque son
los dos nuestros prisioneros.
ANGELA. Id á buscar á mi padre.
(*Viendo que los bandidos vacilan.*)
Id. Yo lo mando. Al momento.
(*Vanse los bandidos.*)

ESCENA XII.

ANGELA.—FEDERICO.—El GOBERNADOR.

FEDERICO. ¡Angela!
GOBERNAD. ¿Señora, vos
en este sitio?
ANGELA. Si tal.
GOBERNAD. Mas ¿qué influencia es la vuestra,
que así nos pudo salvar
del furor de esos bandidos?
ANGELA. ¡Oh! No la sabreis jamás
de mis labios.
FEDERICO. Mas al menos
decidnos...
ANGELA. Por Dios, callad.
(El se ha salvado, mas yo
me he perdido.)
FEDERICO. Bien está.

ESCENA XIII.

DICHOS.—La MARQUESA.—PEPINELLI.

MARQUESA. ¡Qué confusion! ¡Qué desórden!
PEPINELLI. No sé por donde escapar.
(*La Marquesa y Pepinelli bajan á la escena dirigiéndose á un lado de ella, donde se encuentran Federico y el Gobernador. Angela se ha trasladado al lado opuesto, y sentada en un poyo, permanece abstraida y ajena á cuanto pasa á su alrededor.*)
MARQUESA. ¡Tio!
GOBERNAD. ¡Querida sobrina!
MARQUESA. ¡Federico!
GOBERNAD. Capitan.
PEPINELLI. Hé aquí á dos recien casados.

GOBERNAD. Pepinelli ¿os chanceais?
PEPINELLI. No señor, hace un momento
nos acaban de casar.
MARQUESA. Por órden de Marco Spada.
FEDERICO. ¿De Marco Spada?
PEPINELLI. Si tal.
MARQUESA. Yo siento... (*A Federico.*)
PEPINELLI. ¿Cómo?...
FEDERICO. Marquesa,
no se hable de eso ya más.
PEPINELLI. Sí, lo mejor me parece
en estos casos callar.
(*El ruido del combate se va oyendo cada vez más cerca.*)
GOBERNAD. Aún resisten esos viles,
pero no se escaparán.
(*En este momento aparecen dominando la montaña varios dragones romanos que traen ya vencidos á los bandidos, y que van bajando á la escena con sus prisioneros.*)
UN DRAG. Victoria!
TODOS. Victoria!
PEPINELLI. Bravo!
(Lo siento por el truhan
de Marco Spada, que al fin
él me ha mandado casar.)
(*Angela al oir los gritos de los dragones, se ha puesto en pié escuchando con el mayor interés al oficial que se adelanta para hablar.*)
GOBERNAD. Qué hay?
OFICIAL. Señor, la victoria
es completa por demás;
hasta el mismo Marco Spada
nuestro prisionero es ya,
y herido ó tal vez cadáver
aquí lo conducen.
ANGELA. Ah!
mi padre!
(*Corre al fondo de la escena en la que aparece Marco Spada herido y apoyado en el brazo de Geronio, que lo conduce á sentarse en primer término.*)
FEDERICO. Cielos! Su padre!

PEPINELLI. (El Baron!)
MARCO. Angela! ¡Ay!
(*Marco Spada, se deja caer en el asiento. Angela queda arrodillada á sus piés, así como Geronio en los cuales se apoya Marco Spada que se mueve y habla trabajosamente. Fray Borromeo, se coloca detrás del bandido, y los demás personajes del modo que juzgue mas conveniente el director de escena para la belleza y armonía del cuadro.*)

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS.—MARCO SPADA.—GERONIO.—Dragones y bandidos.

MARCO. (Todos huyen con horror
de la hija del bandido,
todo, todo lo ha perdido,
riqueza, esperanza, amor.)
ANGELA. Padre!...
MARCO. (Yo la salvaré.)
Acercaos, he de hablar
pues tengo que revelar
un misterio, y no podré
si no os acercais
GERONIO. Calmaos.
MARCO. Ah! Mi voz se debilita
y ya la muerte se agita
sobre su presa... Acercaos.
(*Señalando á Angela. Todos se acercan con interés.*)
Esta... (hija mia!) no es
mi hija. Yo la he robado
nombre, posicion, y estado
pero no por interés.
Su padre fué muerto aquí
por los mios...
GERONIO. (*Suplicante.*) Marco!
MARQUESA. Horror.
MARCO. Y yo su infantil amor
me reservé para mí.
Es noble, lo jura un hombre,

que exhala el postrer aliento...
Ahí... en ese documento (*Entrega uno.*)
constan su clase y su nombre.

FEDERICO. (*Que desde el principio de la escena ha quedado como anonadado, se dirige á Angela con efusion.*
Angela!..

ANGELA. (*Imponiéndole.*) Callad.

FRAY BORR. (*A Marco Spada.*) Prosigue.

MARCO. Solo pedirla perdon
me resta, por el baldon
que conmigo la persigue.
Mas hoy libre se verá,
hoy recobrará su honor,
y si recuerda mi amor,
mis yerros perdonará.
(*La voz de Marco Spada se va haciendo cada vez mas trabajosa.*)
(*A Angela.*)
Hija!.. (*Como reponiéndose.*)
Perdonad... Ahora
rogaros me falta aquí,
que si os acordais de mí
no me maldigais, señora.

GERONIO. (*Que ha escuchado el relato con notable ansiedad, exclama aparte á Marco Spada.*)
Capitan, volved en vos.

MARCO. (*Con desesperada energía.*)
Calla. (*Marco Spada y Geronio, dicen las siguientes frases que no son escuchadas de nadie, pues todos los circunstantes se hallan dominados por una dolorosa impresion.*)

GERONIO. (*Insistiendo.*) Mas debeis saber
que vais á comparecer
en la presencia de Dios.
Y ved que aunque mal os cuadre
vuestra hija...

MARCO. No te asombre,
que Dios perdonará al hombre
este delito del padre. (*A Angela.*)
Ya lo sabes..... lo sabeis,
no sois mi hija, señora...
(Hija del alma.) Y ahora
ya ser dichosa podeis.

ANGELA. (*Que ha permanecido muda y sollozando durante la escena, se levanta y dice con energía.*)
Padre, cese esa ficcion
que de vuestro amor desdice...
Soy vuestra hija... me lo dice
á gritos el corazon.
Quereis mitigar mis penas,
obligándome á dudar,
mas yo siento circular
vuestra sangre por mis venas.

MARCO. (*Que ha escuchado á Angela presa de la mayor agitacion, dice entre alegre y suplicante.*)
Angela!

ANGELA. Y aunque no cuadre
á la idea que os agita,
tambien la sangre me grita:
— Ese que muere es tu padre.

MARCO. (*Con efusion, aunque hablando y respirando cada vez con mas dificultad.*)
Basta de afanes prolijos...
(*Tendiendo los brazos á Angela.*)
Hija mia!

ANGELA. (*Abrazándole.*) Padre amado!

MARCO. No hay un hombre desgraciado
si Dios le concede hijos.
(*A Fray Borromeo.*)
Padre, bendecidme...
(*Fray Borromeo extiende las manos sobre la cabeza de Marco Spada.*)
Así... (*A todos.*)
Vosotros... todos... perdon...
(*A Angela levantándose con un esfuerzo supremo.*)
¡Hija de mi corazon!
Geronio!...

ANGELA. Padre!

MARCO. ¡Ay de mí!
(*Marco Spada cae muerto. Angela queda arrodillada á sus piés. Fray Borromeo eleva sus manos al cielo. Todos se descubren con respeto.*)

FEDERICO. Angela, la adversa suerte
adusto el ceño os mostró,
pero lo que ella manchó
lo purificó la muerte.

No cumple ya á los mortales
el juzgar sus desaciertos; (*por Marco*)
los hombres despues de muertos
dejan de ser criminales.

MARQUESA. Federico!

FEDERICO. (*A Angela.*) Sed dichosa.

GOBERNAD. (*Acercándose á Federico.*)
Sobrino, piensa en tu honor.

FEDERICO. Tan sólo pienso en mi amor.
Señores, esta es mi esposa.
(*Angela, que permanece arrodillada junto al cadáver de su padre, alarga á Federico una mano en señal de asentimiento.*)

FIN DEL DRAMA.

POST-SCRIPTUM.

El autor encarga á los directores de escena que no confien el papel de Fray Borromeo sino á actores que sean bien recibidos por el público. En Madrid se ha encargado de él el Sr. D. Lázaro Perez, á pesar de no corresponderle y sólo en obsequio al autor y á la obra.

La propiedad de este drama, pertenece á su autor, y nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en los teatros de España y posesiones de Ultramar.

Los corresponsales de D. FRANCISCO RUBIO, dueño de la Administracion general de obras dramáticas y líricas, son los encargados exclusivos de su venta y del cobro de sus derechos de representacion en dichos puntos.

Queda hecho el depósito que exige la ley.

TÍTULOS DE LAS OBRAS.		NOMBRES DE LOS AUTORES.	PRS.
Los dos ciegos	Libreto.	D. Luis de Olona	4
Pablito	Idem.	Idem.	4
Por un paraguas	Libreto.	Luis García Luna.	4
	Música.	Lázaro Núñez-Robres.	140
Un estreno. (Monólogo)	Libreto.	José D'Araujo	2
Un ayo para el niño.	Música.	Emilio Arrieta	160

EN DOS ACTOS.

Bruschino	Libreto.	Sres. Olona y Pina	6
De incógnito	Idem.	D. Cárlos Frontaura	6
	Música.	Sres. Giosa y Cepeda	300
El postillon de la Rioja	Libreto	D. Luis de Olona.	6
El resucitado	Libreto.	Luis Rivera	6
	Música.	Tomás Gonzalez Yañez	280
Entre mi mujer y el negro	Libreto.	Luis de Olona.	6
La cola del diablo	Idem.	Idem.	6
Marina.	Música.	Emilio Arrieta	280
Llamada y tropa	Idem.	Idem	280
¡Quién manda, manda!	Idem.	Idem	280

EN TRES Ó MÁS ACTOS.

Amor y misterio	Libreto.	D. Luis de Olona.	8
Amor y arte	Libreto.	José Zorrilla	8
	Música.	Joaquin Balart	360
Amar sin conocer	Libreto.	Luis de Olona	8
Azon Vizconti	Música.	Emilio Arrieta	360
Catalina.	Libreto.	Luis de Olona	8
Campanone	Idem.	Sres. Frontaura y Rivera.	8
	Música.	Sres. Mazza y Di-Franco	360
Dos coronas.	Idem.	Emilio Arrieta	360
El arca de Noé	Idem.	D. Manuel Cresej	320
El valle de Andorra	Libreto.	Luis de Olona	8
El hijo de familia ó el lancero voluntario	Idem.	Sres. Olona, G. Gutierrez y Ayala.	8
	Música.	Varios maestros.	300
El sargento Federico	Libreto.	D. Luis de Olona.	8
El juramento	Idem.	Idem.	8
El paraíso en Madrid	Idem.	Luis Rivera.	8
El secreto de una dama	Idem.	Idem.	8
El agente de matrimonios.	Música.	Emilio Arrieta	360
El caudillo de Baza	Libreto.	Luis de Olona.	8
	Música.	Emilio Arrieta	360
El dominó azul	Idem.	Idem.	340
El planeta Vénus.	Idem.	Idem.	360
Galanteos en Venecia	Libreto.	Luis de Olona.	8
Giralda ó el marido misterioso	Idem.	Cárlos Frontaura.	8
	Música.	Mr. Adam	400
La embajadora	Libreto.	Antonio María Segovia	8
	Música.	Extranjera.	400
La cacería Real.	Idem.	Emilio Arrieta	360
La Estrella de Madrid.	Idem.	Idem.	360
Los piratas	Libreto.	Luis Rivera	8
Los magyares	Idem.	Luis de Olona.	8
Los circasianos	Idem.	Idem	8
	Música.	Emilio Arrieta	360
Mis dos mujeres	Libreto.	Luis de Olona.	8
Un viaje alrededor de mi suegro	Idem.	Luis Rivera	8
Un trono y un desengaño. (3.ª parte).	Música.	Emilio Arrieta	360

OBRAS.

Comentarios del emperador Cárlos V.	D. Luis Olona.	16
Historia de la música española (4 tm).	Mariano Soriano Fuertes	100
Ecos nacionales	Ventura Ruiz Aguilera	12
Veladas poéticas	Idem.	6
El beso de Judas	Idem	6

Cuando se ejecute alguna obra cuya propiedad ignoren los señores comisionados, exigirán el libro impreso para si pertenece á esta Galería reclamar y cobrar los derechos.

VENTA EN MADRID.

LIBRERÍA DE LA VIUDA É HIJOS DE D. J. CUESTA.

Calle de Carretas, número 9.

EN PROVINCIAS.

Albacete. . . .	Cánovas.
Alcoy, ...	Payá é hijo.
Algeciras. . . .	Joarizti.
Alicante. . . .	Lloret.
Almería.	Alvarez.
Aranjuez. . . .	Santistéban.
Avila.	Gomez.
Bailen.	Moreno Sellés.
Badajoz.	Coronado.
Barcelona. . . .	Mayol.
Bilbao.	Astuy.
Búrgos.	Hervias.
Cádiz.	Valiente.
Cáceres.	Verdugo, Morillas y Compañía.
Córdoba. . . .	Lozano.
Cuenca.	Mariana.
Castellon. . . .	Perales.
Ciudad-Real . .	Acozta.
Coruña.	Lago.
Cartagena. . . .	Muñoz.
Calatayud. . . .	Hidalgo y Ucelay.
Chiclana.	Cañizares.
Ecija.	Isla.
Figueras.	Bosch.
Gerona.	Dorca.
Gijon.	Crespo y Cruz.
Granada.	Zamora.
Guadalajara. . .	Oñana.
Habana.	Uriarte.
Haro.	Quintana.
Huelva. . . .	Osorno é hijo.
Huesca. . . .	Guillen.
Jaen.	Hidalgo.
Jerez.	Alvarez Aranda.
Leon.	Viuda de Miñon.
Lérida.	Portarius.
Lugo.	Viuda de Pujol y hermano.
Lorca.	Gomez.
Logroño.	Brieba.
Loja.	Cano.
Málaga.	Laá.
Manila.	Olona y Comp.
Mataró.	Clavel.
Murcia	Herederos de Andrion.
Motril. . . .	Ballesteros.
Mahon	Vinent.
Orense	Perez.
Oviedo	Lorente.
Osuna.	Montero.
Palencia.	Gutierrez é hijos.
Palma.	Gelabert.
Pamplona. . . .	Rios y Barrena.
Pontevedra. . .	Hernando.
Puerto de Santa María. . . .	A. Rafozo.
Puerto Rico (Mayagües). .	Mestre y Tomas.
Reus.	Prius.
Ronda.	Gutierrez.
Sanlúcar. . . .	Oña.
San Fernando.	Molinelo.
Santa Cruz de Tenerife. . .	Savoié.
Santander. . . .	Hernandez.
Santiago.	Escribano.
Soria.	Perez Rioja.
Segovia.	Salcedo.
San Sebastian.	Garralda.
Sevilla.	Alvarez y Comp.
Salamanca. . .	Huebra.
Segorbe.	Mengort.
Tarragona. . . .	Font.
Toro.	Tejedor.
Toledo.	Hernandez.
Teruel.	Baquedano.
Tudela.	Izalzu.
Talavera. . . .	Castro (Sanchez).
Valencia. . . .	Moles.
Valladolid. . . .	Hijos de Rodriguez.
Vitoria.	Hidalgo.
Villanueva y Geltrú. . . .	Creus.
Ubeda.	Bengoa.
Zamora.	Fuertes.
Zaragoza. . . .	Viuda de Heredia.